LOS CUENTOS

Finalistas del Octavo Concurso de Cuentos "Victoria Ocampo"

EDITORIAL
Victoria Ocampo



Segundo Premio

Concurso de Cuentos Victoria Ocampo 2011
"Nelly Arrieta de Blaquier"

LOS CUENTOS

Finalistas del Décimo Concurso de Cuentos Victoria Ocampo

"Nelly Arrieta de Blaquier"

Fundación Victoria Ocampo 2011

Versión digital

Cuentos de:

Silvia Graciela Franco, Raúl Orlando Artola, Ana Menéndez, Jorge Albertella, Adriana C. Sández, María Cecilia Quiroga, Andrea Albertano, Sandra Lagono, Maximiliano González Jewke, Leticia Griselda Martin, Sonia Lía Santoro y Mario Capasso

Concurso realizado gracias a la generosidad de la señora Nelly Arrieta de Blaquier

EDITORIAL
Victoria Ocampo

Ilustración de tapa: “Escena invernal con patinadores cerca de un Castillo” de Hendrick Avercamp.
Óleo sobre madera, 1610, 41 cm. de diámetro, National Galery, Londres.

Primera edición: 2012

© de la presente edición
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
Sin fines de lucro
Sarmiento 1562, 2° “6”
Tel./ Fax: 4382-6034.
(1042) - Ciudad de Buenos Aires,
Argentina.

Queda hecho el depósito que prescribe la Ley N° 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Los cuentos : finalistas del Octavo Concurso Victoria Ocampo 2011 . Franco, Silvia Graciela... [et.al.].- 1a ed. - Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2012. 120 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1198-57-3

1. Narrativa Argentina . I. Título
CDD A863

ÍNDICE

PRÓLOGO 6

SILVIA GRACIELA FRANCO 9
EL COLLAR 11

RAÚL ORLANDO ARTOLA 14
VIVIR A GUSTO 16

ANA MENÉNDEZ 28
EL RELOJ CUCÚ 30
JORGE ALBERTELLA 32
EL NÁUFRAGO 34
ADRIANA C. SANDEZ 41
VISITAS 43

MARÍA CELIA QUIROGA 45
PUNTOS SUSPENSIVOS 47

ANDREA ALBERTANO 51
A LA VUELTA DE UN INSTANTE 53

SANDRA LANGONO 66

AÚN NO AMANECE
PERO SE HA DESPEJADO 68

MAXIMILIANO GONZÁLEZ JEWKES 79

DIARIO DE LAILA 81

LETICIA MARTIN 115

EL PIBE 117

SONIA LÍA SANTORO 121

AQUELLA VEZ JOSÉ SE FUE A PESCAR 123

MARIO CAPASSO 137

AZAR 139

PRÓLOGO

La confección de una antología de cuentos, como en este caso, es problemática y difícil. En verdad, se trata de reunir los mejores trabajos de los diferentes autores y en este acercamiento a la calidad creo que hemos acertado en la elección. Ningún cuento se parece a otro, ni en la temática ni en la forma de llegar a esa textura tan especial propia del género.

El libro se abre con "El collar" de Silvia Graciela Franco, narrado desde la óptica de la inocencia con un delicado equilibrio entre realidad y ficción.

"Vivir a gusto" de Raúl Orlando Artola es una graciosa sátira acerca de la convivencia de un padre viudo con un hijo, quien lo invita a su casa y a compartir la vida con él y su mujer. Se suceden las situaciones inverosímiles que provocan la imaginativa inquietud y energía del setentón señor.

Ana Menéndez es la autora de "El rejoj cucú", cuento brevísimo e intenso, donde lo sobrenatural se impone con maestría.

"El náugrago", invención de Jorge Albertella, propone el sufrimiento y la desazón de un hombre enfermo e introduce en sus más crueles pesadillas la catalepsia . Con un certero manejo de la prosa el narrador describe situaciones límites que atrapan al lector.

"Visitas" de Adriana C. Sández, cuento muy breve, nos instala entre la fantasía y la realidad de los sueños que a veces no nos atrevemos a explicar.

"Puntos suspensivos" pertenece a María Celia de la Cruz Quiroga y relata el monólogo de alguien ,un hombre, que exhibe sin detenerse una suerte de persecución silenciosa, que avanza sobre la locura ante la indiferencia de los otros.

"A la vuelta de un instante" de Andrea Albertano une dos historias entrelazadas y narradas en siete pasos. Dos interesantes historias superpuestas que rematan en una cruel realidad desencadenada por un accidente destructor de ilusiones y vidas.

"Aun no amanece pero se ha despejado" retoma un relato bíblico que se hace realidad en una calle de Buenos Aires. Su autora, Sandra Langono, con maestría y excelente manejo de la palabra, ofrece un final abierto inquietante y perturbador.

"Diario de Laila" es un extenso relato en donde confluyen la voz del narrador en primera persona y el diario de un travesti. Su autor Maximiliano González Jewkes cuenta la vida de un hombre-mujer que entra casi sin darse cuenta en el mercado de la maldad. Excelente descripción de personajes y acciones de un mundo perverso y aterrador.

"Aquella vez José se fue a pescar". Este texto de Sonia Lía Santoro, bien escrito, con una resolución final imprevista, enfoca con mirada certera la conducta de un hombre acosado por las circunstancias y que de pronto actúa, quizá por un sentido de justicia, matando a lo único que se parecía a él y cuya presencia lo hacía feliz.

Leticia Martín es la autora de "El pibe", un cuento escrito con gran economía de palabras –quizás en eso resida la eficacia del texto– con un final absolutamente sorpresivo que impacta en el lector y que de algún modo refleja la sociedad en que vivimos.

"Azar", cuento brevísimo de Mario Capasso que en poco menos de treinta líneas nos presenta una terrible situación de vida con sus impredecibles consecuencias.

En resumen, estamos frente a una antología en la cual el lector encontrará esos momentos felices e inolvidables, donde conviven literatura, buen gusto y la pasión por la palabra.

María Esther Vázquez

SILVIA GRACIELA FRANCO

Silvia Graciela Franco es argentina, docente del partido de Morón, prov. de Buenos Aires. Ha publicado cuatro libros propios: ***La botella encantada*** y ***La calesita de don Atilio*** en narrativa infantil; ***Pulsaciones*** y ***Cuentos para acompañar un café***, narrativa adultos. Ha coordinado talleres de escritura en la "Feria del libro infantil de Buenos Aires" en 2010 y 2011. Ha sido distinguida en concursos literarios de Argentina, Francia, España, Chile y Estados Unidos por sus producciones en narrativa y poesía. Algunos de estos trabajos fueron publicados en antologías, tales como ***Mundo en Tinieblas I***, ***II*** y ***III***, cuentos (Argentina 2008-10), ***Jardín de Poesía II*** y ***III*** (Argentina 2010-11), ***Des-contar el Hambre***, cuentos (Chile, 2010), ***El tiempo dormido***, poesías (España, 2010) y ***El mundo lleva alas II***, poesía (E.U.A, 2010).

EL COLLAR

Por fin, luego de tantos años puedo volver a ver la luz del sol. Ya extrañaba el color del cielo y el aroma del aire fresco. ¡Años encerrado! No sabía si estaba vivo o muerto. Creí que muerto, aunque a veces se apoderaba de mí la duda. Pero, ¿quién es esta mujer que me ha tomado en sus manos? Me mira como quien encuentra algo después de mucho andar. Esos ojos… Y me acaricia… ¿Por qué me está mojando ahora? ¡Ah! ¡Qué placer! Volver a sentirme así. No es lo mismo que el agua de mar, pero se parece. Si hasta luzco diferente. Pienso disfrutar esta libertad; luces que creía extinguidas, colores… Verdes, azules intensos, mis preferidos. Y ella, ¿nos conocemos?

No siempre fui lo que soy; lejos está el recuerdo de unos dedos pequeños buscando piedritas y caracoles en la playa. Conchas de caracoles, todos hermanos o primos, restos de la vida marina que la naturaleza se reserva para seguir funcionando. En situación normal, al poco tiempo, nos habríamos convertido en gruesa arena al borde del mar. Pequeñísimos conchas, casi iguales, perfectas, bonitas entre esas manos que lo investigaban todo con sorpresa bajo el sol abrasador de un verano inolvidable.

Fuimos a parar a un balde multicolor, proporcional al tamaño de sus dueños. De esos que tienen los niños y los padres cargan cuando van de vacaciones, junto con palitas, rastrillos y moldes, el tejo, las paletas, sillitas y sombrilla. Mezclados con

arena y otras reliquias marinas, nos creímos especiales. ¿Por qué nosotros?, nos preguntábamos.

En la casa nos limpiaron y separaron por tamaño. Toda la familia reunida alrededor de una mesa discutía sobre nuestro destino. "Hagamos con ellos un rosario", se escuchó a la abuela, mientras mostraba la cruz de plata y la medalla de la Virgen que ofrecía para el mismo. "De ninguna manera", dijo la madre, "se verán magníficos en un cuadro o un adorno para la repisa del living". "No", se opusieron los chicos, "nosotros los juntamos y vamos a usarlos para jugar al Bingo".

El padre, entonces, intervino a fin de cerrar el tema, "si siguen discutiendo vuelve todo al mar".

Terminó la controversia sin acuerdo y nosotros, que éramos parte interesada, no tuvimos ni voz ni voto. Nos pusieron en una bolsa y nos convertimos en souvenir de un verano fugaz.

Al poco tiempo volvimos a ver la luz del sol, aunque muy lejos de casa. Otro era el olor; los sonidos, diferentes. Muchos ruidos molestos. Sobre una mesa presentimos el peligro. A nuestro alrededor, armadas con clavos y martillos, eran seis las presurosas manos decididas a todo. Sufrimos al confirmar el motivo: iban a perforarnos y lo harían sin anestesia. Sobre una madera, una por una, sorteamos la experiencia. Algunas de mis compañeras no pudieron superarla. Demasiado frágiles, fueron destruidas y descartadas. Luego, con una tanza muy fina, nos unieron unas a otras. Desde entonces, eso es lo que soy, un collar de conchas de caracol. Descanso en una cajita transparente, de base roja, con forma de corazón.

Fui el regalo especial para una niña de ojos profundos y oscuros, como nunca antes había visto. Me reflejé en su mi-

rada cuando abrió el estuche. Suspiró sorprendida al verme y me agradeció con una amplia sonrisa. Me tomó con suavidad entre sus blancas manos y me acomodó alrededor de su cuello con delicadeza. Al sentirme tan cómodo, sospeché que quizá fuera una sirena escapada del fondo del océano.

Así comenzó lo mejor de mi vida. Fiestas, bailes al compás de locas canciones, risas y alegría. Nunca faltaba quién, admirado, le preguntaba dónde había conseguido tan hermoso collar. Por algún tiempo fui su aliado en el arte de la seducción.

Pero un día escuché algo de "la moda", "cursi" y por último "no seas infantil" y ya no entendí. Dentro de la caja, en un rincón del ropero, he permanecido triste y abandonado, hasta hoy.

Insistente, me mira y se mira en el espejo de su habitación. Se recoge el cabello y vuelvo a descansar en su escote, como antes. De frente, de perfil, aunque han pasado muchos años, esos ojos profundos, oscuros, son los mismos que se regocijaron al verme por primera vez. Sonríe como cuando era niña y yo la creí una princesa escapada de las profundidades. Acaricia mis cuentas doradas y nuestra melodía brota de ellas, es la música perenne del mar.

RAÚL ORLANDO ARTOLA

Raúl Orlando Artola nació en Las Flores, provincia de Buenos Aires, en 1947 y vive en Viedma, Río Negro, desde 1975. Es periodista, narrador, poeta, docente y editor. Publicó en poesía: ***Antes que nada*** (1987), ***Aguas de socorro*** (1993), ***Croquis de un tatami*** (Premio Madres de Plaza de Mayo, 2002) y ***Teclados*** (2010, el suri porfiado). En narrativa, ***El candidato y otros cuentos***, premiado en el XXIII Encuentro de Escritores Patagónicos de Puerto Madryn, apareció en 2006.

En ensayo, publicó ***La periferia es nuestro centro. Apuntes sobre política, cultura, territorios y experiencias*** (Espacio Hudson, colección El Extremo Sur, 2011).

Compiló Poesía/Río Negro - Antología Consultada y Comentada. Volumen I (Fondo Editorial Rionegrino, 2007), que reúne a 23 autores. El segundo volumen, con poetas jóvenes, aún espera, bajo litigio judicial, su edición por parte del FER.

Dirigió la revista-libro "El Camarote – Arte y cultura desde la Patagonia" desde 2004 a 2010 y actualmente ha presentado por internet la revista digital "La Mojarra Desnuda" (Estación de Artes y Ciencias), acompañado en un comité editorial por varios escritores, poetas y otros artistas e intelectuales de la Patagonia.

Por suerte, mi voz sonó comprensiva:

–Papá, ¿qué estás haciendo acá?

Se desconcertó mucho, como si recién despertara.

–Vamos, papá, volvé a dormir. ¿Necesitabas algo?

Parado en medio de la cocina a oscuras siguió sin responder, hasta que tranquilamente dio la vuelta y enfiló para su habitación.

De pronto, se volvió y me dijo:

–Quería un limón de la heladera, nada más.

–Yo te lo llevo, ya voy.

Mi padre vive con nosotros desde hace tres meses, cuando murió mamá. Se puede decir que recién lo estoy conociendo. Claudio tiene sus motivos para no poder hacerse cargo de él y con Julia decidimos traerlo acá y probar. Como hemos postergado el proyecto de tener hijos, lugar nos sobra y calculamos que con buena voluntad podríamos convivir sin mayores sobresaltos.

Papá cumplió 71 y está bien de salud, aunque desde la muerte de mamá a veces entra en una especie de fuga mental, con un deambular errático por la casa que lo hace parecer un zombi. Él quería vivir solo y creo que más adelante podría ha-

cerlo, pero nos pareció lo más prudente que en este momento esté acompañado.

Julia trabaja más que yo, está menos en contacto con él, lo que a mí me facilita las cosas, para estar atento por si necesita algo, hasta que se acostumbre al lugar, y para observarlo y conocerlo mejor.

Tengo la impresión de que estamos con un extraño, aunque no me resulta desagradable. Al contrario, es como hacer un amigo nuevo, un tipo raro e imprevisible, cuyo aspecto hosco fuera un disfraz tan burdo que ni él mismo pudiera creérselo.

Lo más llamativo de papá en estos tiempos son las frases que suele soltar en cualquier momento y que parecen simples delirios de su fantasía o escapes de la introspección en que suele esconderse.

La primera vez estábamos mirando televisión y dijo: Pronto la mierda nos va a tapar a todos.

Nos sorprendió mucho a Julia y a mí, porque el tono fue neutro y no le encontramos coherencia con lo que habíamos estado viendo o con los escasos motivos de conversación. La frase quedó allí, como un despiste del viejo, pero quince días después tuvimos una lluvia tan fuerte y prolongada que se desbordaron los sistemas cloacales del barrio y el augurio, tan descabellado y extemporáneo, se transformó en una nauseabunda realidad.

En otra ocasión fue más enigmático todavía. Una tarde en que jugaba con nuestro gato, me dijo: Este animal va a traer buena suerte a la casa.

Lo escuchamos como una expresión de cariño, nada más. Algunos días después, el gato apareció en el patio con un pá-

jaro vivo en la boca. Era un cardenal de penacho amarillo que abunda en la zona y es considerado popularmente de buen agüero. De esto se acordó Julia cuando lo charlamos por la noche y opinó que había que conservar al pajarito.

Papá se adapta bien a la situación, compra el diario todas las mañanas, aprovecha para hacer una caminata y vuelve al mediodía para servirse medio vaso de fernet con agua, su aperitivo de siempre. Después de almorzar duerme un rato la siesta y al levantarse toma café y lee. No suele introducir muchas variantes en estos hábitos.

Mi hijo me trata medio raro, bien en realidad, pero es como si yo fuera un pensionista de lujo, una celebridad, por ejemplo, de la que quisiera hacerse amigo y aprender algo importante, algún secreto de la vida. Me parece medio aniñado en esa actitud, será que yo tampoco lo conozco mucho en el fondo. Siempre el trabajo estuvo primero, lo admito, pero eran tiempos duros.

Desde que te fuiste, Amelia, no dejo de recordarte y extrañarte, fueron muchos años juntos, ¿no?, pero mentiría si te dijera que sufro por tu ausencia. No, es distinto, me lo he tomado como si fueran unas vacaciones y disfruto de las cosas nuevas, de las atenciones de mi hijo y de mi nuera, no sé explicarlo demasiado bien, porque dicho así parece tonto, pueril, eso, pueril, como si hubiera vuelto a ser un chico que se sorprende con todo y tiene motivos para festejar a cada rato. Lo único que me fastidia un poco es tener que hacerlo a las

calladas, porque se me notaría enseguida el aire infantil de mis permanentes descubrimientos.

Una de las cosas que me mantiene ocupado es ver cómo gastan la plata. Vos sabés que yo no les ocasiono gastos porque tengo lo mío y me sobra para vivir cómodo, por eso mi curiosidad tiene que ver con el uso que hacen del dinero, qué cosas compran y por qué, para qué. Es un mundo nuevo para mí, eso de mantener dos autos, tener tarjetas de crédito, teléfonos celulares, muchísimas actividades que demandan salidas, recibir invitaciones y no poder rechazarlas. Me llama mucho la atención la manera en que Mario y Julia se tratan, el tipo de relación que tienen, muy cordial pero también un poco fría, que para mí, y vos pensarías lo mismo, es una forma de indiferencia, más propia de amigos que de personas unidas por el amor, por un sentimiento apasionado. ¿Será que nosotros vivimos muy encerrados en nosotros mismos, vieja, y no vimos lo que pasaba a nuestro alrededor, bien cerca, como la vida de nuestros hijos?

Mario me tiene preocupada, está muy cambiado. No sé si es que lo afectó tanto la muerte de mi suegra, lo que es muy posible, porque a él le cuesta mucho expresar sus sentimientos, o si le trastornó la vida el hecho de que el padre se viniera a vivir con nosotros. Fue él quien más insistió para que las cosas se resolvieran así, porque mi cuñado nunca puso obstáculos serios para que el viejo se fuera con ellos. Por lo menos al principio, eso es lo que me dijo Susana. Fue Mario el que armó todo de esta manera, a mí me parece que quiso demostrarle al padre que él era el que más lo quería y recuperar su afecto; él siempre creyó que lo prefería a Claudio, con el que coincidían

en muchas cosas. Y como yo estoy poco en casa por el trabajo, seguramente pensó que a mí no me molestaría que lo trajera para acá. Lo mismo pensé yo, pero me fui dando cuenta de que no es el viejo el que me molesta, si no el cambio de la actitud de Mario en cuanto a las cuestiones domésticas, que nunca le importaron y ahora lo tienen pendiente. Lo que no sé es si lo hace por ser compañero del padre en sus costumbres, por entrar más fácilmente en su intimidad, o si lo hace para ahorrarle tareas, o bien se encarga de cosas que nunca hizo para evitar que el viejo tome demasiada injerencia en el manejo de la casa. No termino de comprenderlo, de verdad. Y si le preguntara directamente, seguro que se haría el desentendido, como si yo estuviera inventando o me pusiera demasiado suspicaz.

Papá me ha sorprendido con la idea de hacerse un departamentito en el terreno del fondo y me preguntó qué me parece. Dice que él se va a encargar de la mayor parte de la mano de obra y que va a quedar para nosotros, por supuesto. Le dije que creía que Julia no se opondría, además pensé que lo mantendría ocupado, que era bueno que tuviera proyectos. Lo que no deja de asombrarme, porque él nunca mostró la menor afición por la albañilería ni otros oficios manuales.

A los pocos días de que con Julia le dijéramos que no había problemas y que empezara cuando quisiera, se puso a traer materiales y a amontonarlos prolijamente debajo de unas chapas apoyadas en la medianera. Una tarde que llegué un poco antes, me contó que se había hecho asesorar por un constructor jubilado que suele encontrar en la cola del Banco sobre la estructura del encofrado para vigas y columnas, grosor y proporciones

del hierro y calidad de la mezcla, tiempo de fraguado y un montón de datos más que lo fascinaban.

Al rato ya se animó a pedirme que cuando tuviera tiempo, si seguía llegando antes de anochecer, le diera una mano con las columnas y las vigas, porque creía que solo no iba a poder manejar tantas cosas con precisión, sin tener ninguna práctica. A mí me gustó la idea, porque no me venía mal un poco de ejercicio, siendo tan sedentario.

Nos llevó varias semanas la tarea, ante la estupefacción de Julia, que creía estar viendo visiones. Eso los sábados, claro, porque cuando ella llegaba los días de semana nosotros ya nos habíamos lavado y cambiado y la esperábamos con la comida lista y casi siempre con la mesa puesta.

Llegamos a formar un buen equipo con el viejo. Fueron días intensos, de pocas palabras y mucha comunicación por gestos, señas, voces breves, sudores cercanos, miradas en la misma dirección comprobando fallas y aciertos. Fue una experiencia nueva e imborrable, porque nunca había compartido tantos silencios vivos, cargados de esperanzas y ternura como en ese doblar los fierros del ocho o vaciar la tolva en la cuna exacta para que nacieran los puntales de la futura casa.

¿De la futura casa, dije? A los dos meses de haber terminado aquel trabajo, que dejó tendido en su lugar original, papá había comprado unas colmenas. La apicultura era su nuevo capricho y también en él me arrastró. Caretas y guantes, libros especializados, horarios inexorables, errores previsibles, una locura que nos envolvió durante bastante tiempo y que sirvió para aprender de los fracasos y también para que llegado un momento yo plantara bandera con algún grado de culpa y mucho alivio. Estaba cansado físicamente y agotado anímica-

mente, tanto por el trabajo como por el hecho de ver el trajinar incesante de papá. Con el dato agravante de que nadie podía predecir cuándo perdería el entusiasmo y abandonaría todo. Esta vez preferí hacerlo yo.

Supongo que me adelanté muy poco, si juzgo por la relativa indiferencia con que tomó mi decisión y por el tiempo que transcurrió hasta que también él dejó su incipiente empresa, vendiendo todo a otro neófito con ganas de complicarse la vida.

La incógnita que empezó a acuciarnos a Julia y a mí fue cuál sería el nuevo motivo de interés que encauzaría las notables energías y la imaginación de papá.

El otro día fui con una mujer. Era la primera vez, Amelia, desde que no estás conmigo. Tenía mucha más curiosidad que necesidad y no puedo decir que haya salido satisfecho. No era una puta, era la mujer del quiosco donde compro todos los días, la que tiene al marido inválido o eso dice al menos, y con quien siempre conversamos un ratito, a la pasada, de cosas intrascendentes.

Tuve la impresión de que nos tratamos como cosas, bueno, es muy fuerte y hasta tonto, como animales, y no está mal a veces, te acordás que lo hablábamos, pero era distinto, cuando eso pasaba entre nosotros era muy bueno, porque el amor estaba antes, sabíamos que nos queríamos de verdad, profundamente.

Me he quedado pensando en lo que dije: "cosas" y me recordó una sensación de los comienzos de nuestro matrimonio

y de la que nunca te hablé porque por suerte pasó, la superamos, y no volvió a repetirse.

Después de que naciera Claudio vos pasaste un largo tiempo muy esquiva y yo llegué a sentirme muy mal, como una "cosa". Tanto era el rechazo que te provocaba mi cercanía, mis intentos de abrazarte, aunque no tuvieran un propósito de mayores intimidades. Me di cuenta de que era eso lo que temías, porque no dudaba de tu cariño. No obstante, el dolor que me causaba era inmenso, no podía comprenderlo ni me atrevía más que a sugerir lo simple e inocente de mis acercamientos y gestos de afecto.

Y si fue tan dolorosa la experiencia es porque no había ni hubo una explicación de tu parte. No estabas enojada conmigo, lo hubiera sabido, se hubiera notado en muchas cosas, el bebé era sano, no nos trajo problemas, de modo que me dediqué a rumiar mi angustia y a esperar, con paciencia e intentos cada vez más espaciados de manifestarte mi amor y mi apoyo incondicional.

No sé cuánto tiempo pasó, fueron varios meses, pero al cabo sentí una brecha en tu coraza, que no me apresuré a aprovechar, más bien esperé a que se ensanchara sola, hasta que nuevamente pude tenerte entre mis brazos y el episodio fue superado. Así como empezó, sin palabras.

Fijate a qué cosas tan lejanas me remonté por haber tenido un encuentro con una mujer. Es evidente que era necesario algo así, frío e impersonal, para que la memoria activara un rincón oscuro.

La vida cotidiana sigue su ritmo normal. He incorporado un nuevo proyecto, ahora que se viene el invierno, que ya te

contaré, pero esta vez me parece que no voy a tener la ayuda y el apoyo de Mario.

Ya no sé qué hacer con estos dos. Ahora el lío lo tenemos adentro, con los equipos que el viejo ha instalado en su pieza y el olor con que ha impregnado toda la casa. Esto ya no me lo banco. Lo voy a hablar muy seriamente con Mario porque altera la tranquilidad y las horas de descanso. Él tampoco lo ha alentado en esta locura y creo que va a ser más fácil que me entienda y le pongamos un final en el que yo no tenga que asumir el papel de bruja. Nuestra vida ha cambiado totalmente, haciendo un balance desde que el viejo está con nosotros. Nunca supuse que éramos una pareja diez ni que fuéramos supereróticos, pero teníamos nuestros días de intimidad y planes de placer bien concretos, que se han ido yendo a la mierda en estos meses, más por los cambios de Mario que por la incorporación de mi suegro, porque la verdad es que es bastante discreto, callado, se acuesta temprano y no anda con propuestas que nos incluya a los tres. Sí que lo absorbe al boludo de Mario, que se engancha en todas. Bueno, en casi todas, porque en ésta de la incubadora y los pollitos no lo veo para nada.

Esta vez se pasó de la raya el viejo. Le dimos la mano y se tomó hasta el codo, para usar las mismas palabras de Julia, a quien ahora sí le encuentro razón. A mí, además, me pega por otro lado. Esto de criar pollitos bebé no es nuevo, si cuando nosotros éramos chicos él ya lo hizo y me acuerdo de que a mí me encantó, yo andaría por los ocho y Claudio tendría diez, le calculo. Sí, porque era cuando vivíamos en la chacra, donde es-

tuvimos poco tiempo. Yo la disfruté y aprendí mucho, es cierto, pero el tema de la incubadora me sirvió para confirmar que el viejo lo prefería a Claudio, porque le encargaba las tareas de más responsabilidad, más delicadas, y además las instrucciones se las daba a él, como si fuera mi jefe. Pero me vengué, porque el día veintiuno yo me levanté primero y descubrí al primer pollito rompiendo la cáscara y no les avisé hasta que había salido del todo. ¿Qué quiere ahora? ¿Congraciarse? ¿Resarcir-me? ¿Estará chocheando, que todavía me ve como al pibe de ocho años?

Me estoy sacando las ganas, vieja, de tener de nuevo unos pollitos, como antes, ¿te acordás? Yo me doy cuenta de que no les cae bien a Mario y a Julia el asunto, pero tampoco vine acá para hacer todo lo que a ellos les guste. Hago las cosas en mi habitación y no creo que tengan de qué quejarse. Cuando estén a punto de nacer, seguro que Mario se va a poner inquieto y ansioso, porque para estas cosas no hay edad, ¿no te parece? Me acuerdo de la mañana que vino a despertarme, todo orgulloso, para darme la novedad de que el primero de la camada había nacido y que quería que fuera para él, que le iba a poner una cintita en la pata para reconocerlo, sería como su mascota; me acuerdo como si fuera hoy de su sonrisa de oreja a oreja cuando le dije que sí y que también le podía poner un nombre y le puso Sandokán, estaba seguro de que era un machito y que iba a ser un gallo bravo. Y acertó, fue el más fuerte de ese grupo y nadie lo pudo destronar mientras tuvimos el gallinero.

Si se ponen difíciles voy a tener la excusa perfecta para irme, Amelia, porque si no esto no es vida, en poco tiempo se convertiría en una pensión, casi en un geriátrico, que querés

que te diga. Yo extraño mis cosas y quiero hacer lo que me dé la gana. ¿No está bien, acaso, que quiera vivir a mi gusto estos últimos años?

Mario no se atreve a encararlo al viejo y decirle que termine con esa historia de los pollitos. ¿Qué se piensa? ¿Que vamos a poner una rotisería para vender sus doble pechuga al spiedo? Esta vez soy yo la que va a poner los puntos sobre las íes y a terminar con esta ocurrencia ridícula. Demasiados problemas tengo para aguantar el olor a gallinero adentro de mi casa. Esta noche hablo con él.

El viejo no le dio el gusto a Julia. No volvió al atardecer, ni por la noche ni al día siguiente. Dieron parte a la policía, buscaron en los hospitales, rastrearon hoteles y residenciales, fueron a los diarios con foto y descripción. Nada, ningún indicio durante tres días. Con Claudio no se había comunicado en ningún momento.

Hicieron mil hipótesis, discutieron, se culparon mutuamente. Dijeron cosas de las que después habrían de arrepentirse. La desaparición del viejo, además de angustiarlos, había provocado una crisis que seguramente tenía su gestación en otras causas.

El sábado a la noche sonó el teléfono y era él. Atendió Mario.

–Hijo querido, disculpá que no les pude avisar, pero me fui al campo con la señora del quiosco. Enviudó, ¿te enteraste? Yo sé que se habrán preocupado y todo eso, pero estoy muy bien, me voy a quedar un tiempito por acá. Avisale a Clau-

dio, por favor, porque nunca me acuerdo de su número. Vos viste que él siempre la quiso más a tu madre y que por más que yo me esforzaba él no me daba pelota. Por eso me alegré mucho cuando vos me invitaste a tu casa, con vos siempre me sentí más aceptado y querido. Bueno, son cosas mías tal vez. Te pido una cosa, Marito, es lo último que te pido, fijate que los pollitos deben estar por nacer. Vos sabés cuidarlos en ese momento, después hacé lo que quieras. Eso sí, al primero que nazca ponele una cintita naranja y si es macho, que se llame Chaplin, ¿sabés? Te quiero mucho, dale un beso a Julia y traten de perdonarme y arreglen las cosas, la culpa es mía, ¿eh? Chau, hijo, hasta pronto.

ANA MENÉNDEZ

Ana Menéndez es argentina. Completó estudios completos de idiomas, inglés, italiano y francés.

Ha obtenido los siguiente premios: Primer Premio, 6º Certamen de Narrativa Breve Julio Cortázar 2008. Segundo Premio, 8º Concurso Nacional de Cuento y Poesía 2009.

Participó en las Antologías ***Papeles en Reunión I*** y ***II*** 2005 y 2007

EL RELOJ CUCÚ

El reloj cucú seguía colgado en una de las paredes de la sala. Laura se sobresaltó al oír el canto atravesar la casa desierta. Creía que allí el tiempo se había detenido para siempre, sin embargo los sonidos familiares se empeñaban en acompañarla.

Con cautela recorrió el pasillo que llevaba a las habitaciones. Al final del corredor estaba el cuarto que, en otras épocas, había servido como depósito de muebles viejos y objetos en desuso. La invadió la misma zozobra de entonces cuando se pegaba a la puerta para oír algún ruido que confirmara su sospecha de que alguien, muy especial, lo habitaba. Hoy estaba vacío como todo el resto.

Estaba nerviosa. Lamentó haber insistido en ser ella quien mostrara por última vez la casa a los posibles compradores.

Antes de llegar a los dormitorios un murmullo la sobrecogió. Venía de la sala. ¿Ariel, sos vos?, no, no era posible, solo ella guardaba todavía una de las llaves. Las voces crecían entre ruidos de copas y de platos. Alguien la llamaba por su nombre, Laurita, ¡vení, que el tío Pancho va a empezar con los regalos! Era la voz de la madre.

Empezó a temblar aunque no resistió la tentación y acudió al llamado. Sentados cada uno en los lugares habituales, todos se preparaban para recibir los regalos. El tío Pancho y su padre acomodaban los envoltorios, mientras la abuela, desde la cabecera de la mesa, la invitaba a sentarse en sus rodillas. Parecía

una navidad más. ¡Dale! que si no, no empieza, gritaba Ariel, el hermano menor, mientras se desprendía de los brazos de la madre e intentaba descubrir para quién sería el primero de los paquetes.

Laura se acercó obediente. A penas podía dominar esa mezcla de espanto y felicidad que le producía ver a la familia reunida. Se desplazaba entre ellos atravesando los cuerpos sin deformarlos. ¿Y ese candelabro en el centro de la mesa? Estaba segura de no haberlo visto jamás entre los objetos de la casa. Las velas encendidas iluminaban apenas las caras. Se frotó los ojos para ver mejor. Las llamas seguían imperturbables. Quizás si las soplaba podría destruir el espejismo. No se animó. Temió perderlos a todos otra vez.

Tocaron el timbre. Los futuros compradores llegaban, según lo pactado, a dar el último vistazo antes de cerrar la operación. Era una pareja joven. Mientras él calculaba el espacio para los muebles, ella miraba con asombro un objeto que había descubierto en el suelo, en el medio de la sala.

–Señora, ¿nos dejará esta maravilla?, estaríamos encantados, somos fanáticos por las antigüedades. –Laura se volvió dispuesta a negar toda posibilidad de deshacerse del reloj cucú, en cambio, se enfrentó con la joven que sostenía, con mucho cuidado, el candelabro entre las manos.

–Pueden quedárselo –dijo–, lo que sí me llevaré es el cucú, es un recuerdo de familia.

JORGE ALBERTELLA

Jorge Albertella es argentino, nacido en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en 1945, donde vive.

Es Profesor de Filosofía, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ejerció la docencia en dicha facultad y en universidades privadas, como también en el nivel secundario de adultos.

Ha publicado el cuento el "Tío Colo" en la revista Letras de Buenos Aires, en noviembre de 2007, y "El Guardahilos" en la colección Historias Populares Cordobesas, edición del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba de agosto de 2006, dedicado a la Ciudad de La Cumbre.

En septiembre de 2008 publicó por la Editorial Dunken Perdón Perón un ensayo histórico político.

EL NÁUFRAGO

"Como cuerpo, cada hombre es uno;
como alma jamás".

Hermann Hesse
(***El Lobo Estepario***)

Aquel día, cuando revisando diarios viejos, encontré el aviso fúnebre con las condolencias por mi muerte, salí de la perplejidad en que vivía desde el 31 de octubre de dos mil ocho. Lo que tantas veces había sospechado me era confirmado objetivamente: yo me había muerto ese día. Entonces comencé la investigación.

El pequeño círculo de mis parientes había guardado muy bien el secreto.

¿Quién podía creer que alguien volviera después de la muerte?

Empezando por mí, si no hubiera hurgado entre diarios viejos, jamás me hubiera enterado.

Mi círculo de amistades era muy pequeño y eran pocas las probabilidades de que alguno leyese La Nación de ese día y además reparase en los avisos fúnebres. Como tampoco hubo velorio, ni entierro, el hecho bien podía haber pasado inadvertido para el mundo.

¡Por fin entendía aquellas miradas de Gabriela, mi hermana, que se habían detenido tantas veces sobre mí, sin que yo comprendiera su sentido.

Pero volviendo a los hechos de fondo ¿quién es el que hoy escribe estas líneas? Esto es lo que a partir de ahora tendré que averiguar. Por lo pronto, acabo de comprobar que yo no soy yo.

Con todo lo desconcertante que esto parezca, sin embargo, es mejor que vivir en la incertidumbre, pensando que uno no es quien parece ser.

Reconozco que no es fácil de aceptar que alguien piense y sienta en el cuerpo de otro. Los semejantes con quienes tratamos son identidades, unidades inseparables de cuerpo y alma y quien dudara de esta convicción, implícita en todo intercambio humano, bien podría ser tomado por loco.

Quizá lo acepten más quienes creen en la metempsicosis, sólo que, en este caso, con la particularidad de una migración inmediata del alma de un cuerpo a otro.

Aquí el lector interpondrá una objeción: ¿por qué si Ud. no es Ud. sigue hablando en primera persona para referirse al muerto y a Ud. mismo?

Solicito esta licencia, porque tal costumbre me permite vivir con cierta naturalidad la nueva existencia que sobrellevo, no sin pesar. ¿Qué sería de los que me rodean si yo no hablara de "mi", sino de "él"?

Entendamos que ya tuvieron bastante con haberlo llorado, para después comprobar que una supuesta catatonía había producido solo una muerte aparente. Una huelga providencial de los trabajadores de los cementerios permitió que mi cuerpo (permítanme seguir usando la primera persona) permaneciera un tiempo más en la morgue hasta su también supuesta "reanimación" y, por supuesto, que estas líneas sean escritas.

Lo cierto es que estoy aquí, sentado en un confortable sillón hamaca, con un periódico en mis manos que simulo leer sin poder compartir con nadie la angustia de no saber quién soy.

Transcribo, a continuación, una carta que encontré entre mis papeles dirigida a un amigo entrañable, fechada el quince de octubre de dos mil ocho que, según mi mujer le fue dictada en mi lecho de enfermo en uno de los momentos fugaces en que había recobrado la conciencia:

Querido Ricardo:

¿Dónde estaba mi alma cuando me abrieron el esternón y entraron en el recinto del músculo de las emociones, sanguinolento y lleno de conexiones?

¿Dónde estuvo mi alma durante once horas que permanecí en un quirófano frente a las miradas que inspeccionaban mi corazón abierto? ¿O es que el cuerpo humano es una máquina igual que la de los animales y esto del alma simplemente una ilusión?

¿Qué del fluir de la conciencia durante las once horas y los días posteriores de los que no tengo ni tendré memoria nunca? ¿Es que el alma estuvo muerta?

No tengo respuesta para estos interrogantes pero vivo, desde entonces, en un desasosiego permanente.

¿Cristo dónde estás?

Tu amigo Jorge

En conversaciones con mi mujer, supe que me operaron por una calcificación severa de válvula aórtica y que ésta me fue reemplazada. Luego de pasar una semana inconsciente en la terapia intensiva, tuvieron que trasladarme a una clínica psiquiátrica para atenderme de un extraño "Síndrome Confusional" producido por el viaje por el cerebro de burbujas de aire en la sangre, generadas en la bomba de circulación extracorpórea durante la intervención.

–Fue desesperante. No sabías quién eras, ni reconocías a nadie –decía mi mujer– y así un mes.

El hecho de que hubiera permanecido tantos días sin comunicarse, me daba pie para hacer todo tipo de preguntas sobre lo que me pasaba.

–¿Y que más? –pregunté.

No sabías dónde estabas, tampoco tenías idea del tiempo, no distinguías el día de la noche y contabas cosas incoherentes o fantasiosas que los médicos atribuían a alucinaciones visuales. A veces estabas agresivo –observó.

–A ciencia cierta nadie sabía lo que te pasaba, ni el clínico, ni el psiquiatra, ni mucho menos el neurólogo, hasta que un día ya no te moviste más, estabas con los ojos abiertos pero no veías.... ¡por Dios, parecías estar muerto!... –agregó mi mujer.

Claro y fue entonces cuando lo dieron por muerto, –pensé pero no lo dije–: si ellos eligieron el secreto no sería yo quien torciera la decisión familiar.

Además, ¿cómo podrían reaccionar si yo les dijese que él realmente estaba muerto?

Finalmente dijo: "...un buen día te despertaste como si nada y gracias a Dios ahora estás aquí hablando conmigo, lo más bien..."

La misma noche del hallazgo del periódico con la noticia de mi muerte, tuve una pesadilla:

Era un día nublado de fines de octubre, donde el cielo plomizo parecía hundirse en el enorme río. Hacía un par de horas que navegábamos de vuelta de Colonia al puerto de Quilmes. A mitad de camino el río comenzó a "picarse", los informes de la Prefectura no lo anunciaban, pero presagiábamos una tormenta.

Se levantó viento y la temible sudestada vino a sacudir las aguas. El barco comenzó a bambolearse, arriamos velas y seguimos a motor pero sin poder enderezar el rumbo hacia el sur este.

Veíamos las costas pero ya no gobernábamos nosotros el curso de la nave sino el viento que nos llevaba tenazmente hacia el noroeste. No sé cómo, me vi empuñando el timón cuando el velero se inclinó a babor hasta que el palo mayor se puso casi paralelo a la línea del horizonte; las olas barrían una y otra vez la cubierta. Comenzaban a divisarse las siluetas de las edificaciones costeras.

De pronto todo se oscureció y el golpe seco de una de las vergas me tiró al agua, sentí que el río me tragaba vorazmente y se me iba la vida.

No era la primera vez que esta pesadilla me desvelaba, ni sería la última.

"La persona yace inmóvil, llegando incluso a parecer que está muerto y que no presenta signos vitales, aunque realmente se encuentra conciente", tal la descripción del estado de catalepsia propio del síndrome de catatonía que luego consulté en los libros.

Supongo que estaría en ese estado cuando escuché las palabras de alguien que decía:

"...mire señora, la catatonía puede tener diferentes causas, en el caso de su marido seguramente es el resultado de un accidente cerebrovascular a consecuencia de la larga anestesia a la que estuvo sometido...".

Tiempo después me levantaron y me sentaron en una silla de ruedas con la que me desplazaba por la habitación. Comencé a salir de un estado de estupor. Pero: ¿qué hacía yo en ese lugar de internación?, ¿quién era esa mujer que me acompañaba casi todo el tiempo y me colmaba de atenciones? y ¿aquel que venía con frecuencia y me observaba con una mirada indagadora? ¿Y la tremenda cicatriz que ardía en mi pecho, como si hubiera estado expuesto al sol excesivamente?

Pronto dejé de hacer preguntas porque eran inmediatamente interpretadas como desatinos propios del estado de confusión. Nadie daba crédito a mi desconcierto, en cambio opté por entenderlos a ellos –así descubrí que ella era mi mujer y el de la mirada profunda, mi amigo Ricardo– y comencé a interrogarlos sobre lo que me había pasado y de lo cual yo no podría tener memoria. Así supe lo de la operación y mi posterior internación a causa del "Síndrome Confusional".

Todo ello fue conformando mi nueva historia, mi nueva vida con mi cuerpo y mi nombre nuevos.

De mi vida anterior solo me quedó una fobia: debo evitar acercarme, ni mucho menos ver el Río de la Plata porque si lo hago un frío recorre mi espalda y comienzo a sufrir un temblor incontenible. Ocurrió nada más que una vez, pero fue suficiente para alarmar a mi mujer y hacerla llamar al médico.

De la recurrente pesadilla del naufragio solo yo me entero y nadie más.

ADRIANA C. SANDEZ

Adriana C. Sández es argentina. Participó en los Talleres Literarios de la Sociedad Argentina de Escritores..

En 1979 ganó un premio literario otorgado por la editorial Lorraine. Participó con dos cuentos en el libro ***Argentina 24***, antología de poetas y narradores argentinos.

En 1982 ganó el concurso literario Libro Abierto, Cultura Abierta, con su cuento "La Heladera".

En diciembre del 2002 la editorial Ameghino le publica su libro de cuentos para adultos ***Los leones y otros cuentos***.

En julio del 2009 publica su novela ***Camino sin andar***.

VISITAS

Cuando sonó el despertador me incorporé inmediatamente pero en seguida me dije:

Es miércoles, yo no pongo el despertador los miércoles….

Desde la cama, observé que se encontraba encendida la luz de la piecita de al lado.

¡Qué raro! –pensé– ¿quién la habrá encendido si no había nadie conmigo?

Alarmada, me levanté para averiguar qué pasaba y ví a mis padres sentados a la mesa de mi minúsculo comedor. ¿Qué hacían ellos allí a esa hora? ¡Imposible! Seguro que eran mis fantasías. Decidí salir de dudas y tocar a mi madre con la certeza de que no había nadie. Pero no, era mi madre.

El miedo dio lugar al enojo. ¿Qué estaban haciendo ellos allí a esa hora y por qué no me habían avisado de su llegada?

–Siempre tan desconfiada –refunfuñó mi madre.

–Hacenos mejor un té.

Mi padre no se movía. Aterida de frío fui a la cocina y volví con el té que tomamos en silencio.

Me acordé del despertador.

–¿Uds. lo hicieron sonar?

–No. ¿Por qué?

–Porque sonó.

–Para eso es un despertador –intervino mi padre por primera vez.

–¿Uds. entraron por la puerta? –les pregunté.

Se miraron con sorpresa y luego me dirigieron sus miradas preocupadas.

–¿Y por dónde querés que entremos? –saltó mi madre.

Recordé las dos Trabex y el cerrojo que colocaba todas las noches y no le encontraba explicación. Tampoco quería demostrarles mi sorpresa porque se sentirían incómodos y se irían ofendidos. Además siempre me habían tenido por media lela y esto iría a confirmar sus absurdas suposiciones.

–¿Otro té?

–Gracias. Nos vamos.

–¿Tan pronto? –y empecé a levantar la mesa atropelladamente.

–¿Así que vos abriste la puerta, papá?

–Me miró, grave.

–Cerrá con llave –me recomendó.

MARÍA CELIA QUIROGA

María Celia Quiroga es abogada. Tiene siete libros publicados: ***Cuentos de Punta del Este***, antología de cuentos para el verano. ***Cuentos para leer en Punta***, publicado por la editorial De la Plaza. ***Los ángeles mueren en Punta del Este***, novela policial, publicada por editorial Bruguera. ***No llores por mí***, novela policial, de Ediciones Bruguera. ***Manual Teórico Práctico de Mediación y Conciliación***, de Ediciones Jurídicas. ***Crónicas de la peste novela*** histórica, de Editorial Kier. ***Mujeres con pelotas***, antología publicada por Editorial Del Dragón

PUNTOS SUSPENSIVOS

El paredón de la Chacarita apenas se perfila entre la niebla de un día gris, algo lluvioso, cuando el coche 171 de la línea 65 se detiene con un bufido frente a la parada. Sube un hombre. Pequeño, como de sesenta años, chaqueta gris. Indescriptible por lo común, irrecordable. Paga el viaje, y se acoda contra los caños de la puerta del medio. Adentro, pensando en cualquier cosa, hay unas quince personas.

–Porque yo me di cuenta –dice el hombre. Su voz, insólita, parece sonar más fuerte de lo que es, en realidad. Como las propagandas en un programa de la tarde, que levantan el sonido irreverentemente, sonido abusador, interesado.

–Me di cuenta que me seguían –continúa.

Mas de uno mira a su alrededor, a ver si le habla a alguien a quien aun no han visto, alguien que esta sentado cerca, o en algún lugar fuera de los 365 grados de aire gris que lo rodea. Pero no hay nadie. El hombre habla solo.

–Caminé varias cuadras por Alsina, así como quien no quiere la cosa, ¿vio? Pero seguía detrás mío. No se me despegaba. Cuando llegué al bar La Puerto Rico, me metí de un golpe adentro. Por suerte había comprado el diario y lo llevaba en la mano, ¿se da cuenta? Yo iba a casa para leérmelo, en realidad, pero no podía volver. No con ese pisándome los talones, ¿me explico? Así que pedí un café.

El ómnibus se detiene en otra parada, ya decididamente enfilado hacia Corrientes. Sube un muchacho gordito y se baja, lentamente, una señora con bastón. Las puertas se cierran con un golpe seco.

–No sé cuanto tiempo estuve allí, como mucho, media hora –dice el hombre. Por un momento se detiene y alguien, cerca, puede detectar los recuerdos pasando furtivamente por sus retinas, como fantasmas, como sombras. Una leve sacudida hace temblar la estructura del transporte al detenerse en el semáforo de Corrientes y Serrano. Se ve que hay gente en los bares. Dos o tres personas cruzan cansinamente la avenida.

–La cosa es que me aburrí. Calculé que se había ido, así que pagué y me fui. Al salir, estaba solo. Caminé dos o tres cuadras, y entonces me empezó a llamar la atención. ¿Porque no había nadie? Ni siquiera autos, mire. Para colmo en Alsina, y a esa hora...y entonces lo vi. Era un Falcon. Un Falcon verde.

Una tos. Un nene que llora, el run run del motor. Lejos, se escucha un silbato.

–Creí, al principio, que era por mis antecedentes, porque yo ya tenía antecedentes en ese entonces. Antecedentes médicos. Calculé, rápidamente, que por el lugar adonde yo vivía me correspondía...el Olimpo. Si, el Olimpo.

En ese momento, aparece el Parque Centenario. Terroso y lleno de manchas, como un perro callejero. El ómnibus se detiene, y sube un inspector. Tiene la gorra mojada, así que se la saca y la sacude contra la pierna. Saluda al conductor, y hablan por un momento. Después, comienza a caminar pidiendo los boletos. Nadie habla, sólo le estiran la mano con el papelito blanco en la punta, como una bandera de rendición.

El ómnibus se detiene en la parada del Hospital Maria Curie. Lentamente, suben tres chicas, una señora mayor envuelta en un abrigo de piel con olor a naftalina y un gordo enorme.

El inspector saluda al chófer y se baja.

–Me las arreglé para rajar, ese día. Pero igual me chuparon. En la Avenida Belgrano al 300, primer piso, departamento "D". Como me dieron. Y lo peor, sabe, es que no sé porqué. Me preguntaban estupideces. Nunca supe de que hablaban.- dice el hombre, como si soñara.

Ya es media mañana y la ciudad se esta despertando del todo, a pesar del tiempo cariliginoso que nubla las vidrieras y hace que todo parezca de luto. El ómnibus dobla por Campichuelo y el puente verde con la profunda zanja por donde corre un tren sin sonidos, le pone cierto color europeo al paisaje de Buenos Aires. El hombre se acomoda sobre el suelo móvil y se agarra de un caño. Ha estado varias veces a punto de caerse. Alguien lo mira, de pasada. Como si no quisiera hacerlo, en realidad.

–Después me tuvieron laburando gratis, pero eso no fue lo peor, porque me daban de comer, y al final me internaron, por suerte, porque lo pedía a gritos.

El hombre se pasa la mano por la frente.

–Lo pedía a gritos, porque cuando al país le va mal yo me enfermo. Y los demás se dan cuenta. Y me miran. Me miran.

El ómnibus dobla por Avenida Rivadavia y es como un bote que navega con las velas extendidas, prescindente. De tanto en tanto se detiene. A veces, sigue de largo.

–Cuando vino la democracia...que joda.- el hombre sacude la cabeza. Acaban de entrar en Avenida la Plata, y por sobre el

techo del transporte pasa la autopista, gris, polvorienta y sórdida. -Empecé a trabajar en la telefónica del estado. En aquel entonces la Telefónica y Aerolíneas Argentinas eran las únicas dos empresas del Estado que rendían algo. Eran como las joyas de la abuela. Por eso las reventaron primero.

Están llegando a Parque Patricios. Los colores de un equipo de fútbol embanderan la amplia Avenida, y ya se ven los árboles de la plaza.

–A mi no se me escapa la tortuga –dice el hombre sacudiendo, sentenciosamente, la cabeza. Aprieta el botón para bajar. El ómnibus se detiene y la puerta se abre, con un golpe seco.

–Y justamente porque no se me escapa la tortuga es que me di cuenta.

Baja, y las puertas se cierran a sus espaldas.

–Me di cuenta –escuchan, de lejos, los pasajeros que continúan el viaje.

ANDREA ALBERTANO

Andrea Albertano es licenciada en Periodismo y Máster en Periodismo Profesional. Trabajó para los diarios La Prensa, ABC de Madrid, Clarín, Página/12 y las revistas Parabrisas, Nueva y El Federal, entre otras. Actualmente, es editora de la revista Veintitrés.

En 2008 logró el segundo puesto del Concurso de narrativa "Des-contar el hambre", organizado por la FAO, con el cuento "Justos y Pecadores", que integra una antología. Fue finalista del concurso de relatos "Ocho objetivos del milenio" y del Certamen "Carmen Martín Gaite", en España. Recientemente, obtuvo el Primer Premio del Concurso de Relatos de Viaje y Aventura "Escritores que viajan, viajeros que escriben", que organizó BBKland. El título de su cuento -"La curva del poncho del Diablo"- dará nombre al libro que recopila los mejores relatos.

A LA VUELTA DE UN INSTANTE

I

–Te digo que fue así, de golpe… –grita Guadalupe por el teléfono celular, mientras lidia con el viento de la ruta desierta y árida–. No, no habíamos discutido, te lo juro. Y…, fue hace una media hora, antes de que tuviéramos que parar. ¿Qué le agarró? Te juro que ni bien volvamos, se va a arrepentir de lo que me dijo… Bueno, te dejo. Parece que seguimos viaje. Sí, vamos para Bariloche… No sé, estamos en una ruta de mierda, no tengo idea… Debemos estar a unos treinta kilómetros de Pilcaniyeu y hay que apurarse porque todavía no cruzamos el puente que se cierra de noche.

Verla ahí sentada sobre una piedra, hablando por celular, en medio de la ruta, me da pena. Pobre.

–Dale, Guada… Va a ser bravo llegar hasta Bariloche –le grito para que vuelva a subirse al auto y le explico–, justo la parte del camino que falta tiene mucha curva y piedra. Encima se está haciendo tarde… ¿Qué hora es?

–Son las seis y cuarto.

Esperemos que el auto aguante el tramo que falta.

Uf! No quiero hablar más. Esta mujer me agota.

Siempre supe que, dijera lo que le dijera, ella creería sólo lo que quería creer. De hecho, ahora subió al auto como si nada. Yo sé que podría haberme sentado frente a ella y haberle dicho con total franqueza: "Durante años estuvimos juntos, es cierto, pero desde hace diez meses que amo a otra. Pero seguís aferrada a mí, aunque sepas que ya no te quiero".

Supe que podría haberle dicho eso, así tan claramente, con esas palabras precisas pero que, igual, ella hubiera seguido sin entender.

Porque no quiere ver. Nunca quiso ver.

Jamás le prometí amor eterno. Vivimos juntos porque ella se vino a vivir a Bariloche y se mudó conmigo. Se fue instalando y yo, la verdad que no hice más que aceptar... Como nunca le dije que la amaba me imaginé que, al no decirlo, ella entendería. Pero no.

Nunca le propuse tener un hijo y ella, aunque alguna vez dijo desearlo, se conformó a sí misma diciendo que tampoco quería.

Y fue así que, mientras pasaba el tiempo con ella, me enamoré de otra.

Guadalupe sospechó algo pero no me preguntó qué me pasaba. Yo insinué que necesitábamos un tiempo.

Para no hacerle daño.

Y ella tomó lo que quiso, como siempre: "Ah…, estás en crisis".

No puedo lastimarla.

Nunca pude decirle la verdad.

Me convenció de acompañarme a este viaje, por mi trabajo en la inmobiliaria. Desde que salimos de Bariloche hasta ahora, que estamos regresando, no dejé de pensar en Maite. Y Guada no hizo otra cosa que romperme las pelotas. Tanto que hace un rato exploté y le dije que nos separemos. Es parte de la verdad, es cierto. Pero no puedo decirle todo, no puedo contarle que, además, estoy esperando un hijo de esa otra mujer.

No, no puedo…

–¿Qué es ese ruido que hace el auto? –dice, de repente, Guadalupe.

–Me parece que hasta acá llegamos –contesto con resignación y ordeno–. Fijate si podés usar el celular para algo útil... Llamá a un remolque.

–No… Sonamos –responde ella–. Acá no hay señal.

Las piedras del camino hacen ruido en el chásis del auto averiado, como un tambor arrítmico. Se ven unos cóndores en el cielo teñido de gris y frío. La estepa patagónica asemeja un mar quieto, a esa hora, naranja como el cobre.

El VW Golf pisa mal un desnivel de la ruta. Pero Martín es buen conductor y logra controlar su vehículo. Sigue pero algo lo sorprende; una piedra pega abajo.

El auto queda clavado, sin poder volver a arrancar, al terminar una curva empinada.

Ahí queda; oculto, al final de la curva.

II

No es casualidad que esté aquí en esta ruta patagónica, en un remise conducido por un desconocido, que me lleva de vuelta a Bariloche.

Y es que hace un año que empecé una particular búsqueda. Lo hablé con mi terapeuta, que nunca me miró como si estuviera desvariando. Por el contrario.

Y es que mi mamá empezó a hablarme en sueños.

Todo empezó hace diez años, cuando tenía quince e iba en el asiento de atrás del auto con mis papás, mirando el paisaje, por una ruta a Entre Ríos. Los tres estábamos vestidos de punta en blanco. Era el casamiento de un compañero de trabajo de mi papá, otro ingeniero agrónomo que andaba siempre con él, recorriendo campos.

Fue un momento apenas; yo miraba el sol naranja y las nubes claras, a través de la lente de esas cámaras Kodak cuadradas.

Y, de repente, la oscuridad.

Cuando desperté, supe que habían pasado tres días; una enfermera del hospital me dijo, tomándome la mano, que mi mamá y mi papá habían muerto en el accidente y que ya los habían velado y enterrado en Buenos Aires, lejos de este ajeno pueblo entrerriano. Que yo había estado en coma, inconsciente, con una herida grave en el brazo y con la columna golpeada. Con mis tías, dándome abrigo y un poco de piedad en cada "Lucianita querida" que me decían de esa manera.

Por ellas supe que el tipo que nos chocó estaba borracho. Nunca estuvo preso. Sin embargo, supimos que, al año del accidente, se pegó un tiro.

Desde aquel entonces pasó tiempo.

Soy ahora una mujer de veinticinco años, hecha y derecha, como le gusta decir a mi tía Noemí. Hice cuanto pude para salir adelante: soy licenciada en Alimentos y puse una pequeña empresa de catering. Todo lo posible para mantenerme en pie. Sin volverme loca.

Porque la verdad es que hay una parte de mí a la que le costó mucho sanar. Nunca pude entender por qué nos pasó eso aquella tarde en la ruta. Fue tan de golpe. Y me quedé tan sola.

Pero, vaya a saber por qué, de repente, mi mamá empezó a hablarme en sueños. Se me apareció, vestida con ese conjunto color marfil, el que llevaba puesto el día en que murió, con su largo pelo rubio y lacio, flameando en el viento.

Me habló y me dijo que mi papá había sembrado algo en un lugar de la Patagonia.

Y noches atrás, me dio indicaciones precisas:

–En un pueblo llamado Pilcaniyeu, de la línea Sur de Río Negro.

Me pareció una buena idea venirme hasta aquí a buscar alguna raíz.

Que ellos guiaran mi dónde.

Me costó llegar. Pero finalmente, acá estoy.

Primero tuve que tomar desde Buenos Aires un avión a Bariloche y luego un colectivo que me dejó hoy bien temprano en la estación del pueblo.

–Y sí, señorita, Pilcaniyeu es un pueblo perdido… –me dijo el empleado ferroviario, cuando me vio llegar y le dije que venía desde tan lejos.

Nadie pudo decirme cuántos habitantes tiene el pueblo. El del correo especuló que llegarían apenas a mil, contando a la gente de tierra adentro. Aún así, no encontré muchos datos de mi papá. Durante las horas que estuve, nadie supo decirme nada, ni en el pequeño centro de Tecnología Agropecuaria, ni en la iglesia, ni el Juzgado de Paz, ni en el Correo. Puta…! No quiero que se me llenen los ojos de lágrimas. Ojalá el auto haga rápido. El empleado del tren me contó que el que maneja se llama Pedro, que maneja muy bien –"quédese tranquila, señorita"– y que es de confianza.

…..

Desde Pilcaniyeu, en la misma dirección en que un rato antes iba el auto de Martín y Guadalupe, va transitando el auto de Pedro, que lleva a una pasajera. Está llegando a la curva y no puede ver el otro auto detenido.

Confiado, Pedro transita sin demasiadas inquietudes; quizás siga pensando en cómo hacer para ganarse unos pesos extras, ya hace tantos años que tiene este ingrato trabajo y no le encuentra una vuelta; rezará una oración mirando la Virgen del Lago, de la que tiene una imagen pegada en el tablero del auto y a lo mejor, mirará el paisaje.

Pedro emprende la curva con ganas.

Y tropieza en su camino con el vehículo detenido. Choca y ambos autos unidos por chapa golpeada, se arrastran y quedan de pie, maltrechos, del otro lado de la ruta de tierra y ripio, con los hierros chorreando.

Del vehículo que estaba detenido, sale una mujer que grita.

Y señala adentro a un hombre, que ahora sangra en su cabeza.

El remise queda con el parabrisas roto pero Pedro, apenas se lastima. A la joven Luciana, que viaja atrás, tampoco le ha pasado nada.

Pedro baja y se asoma al otro auto, acaricia con cierta rudeza la cabeza del hombre herido y le da agua de una cantimplora.

–No se asuste, compañero, esto es refrescante.

El hombre abre los ojos, interesado quizás en decirle algo, pero el choque y el golpe en la cabeza lo han dejado medio tonto. Y su mujer, apenas reacciona. No hace más que mirar el celular, revisar los bolsos, observar con desconfianza. Luciana se acerca varias veces e intenta charlar con ella. Ni la mira.

El sol se vuelve una bola de fuego que se pega al horizonte alto.

III

–Cuando lleguemos tenemos que terminar de pintar el cuarto y ver qué empapelado le ponemos al comedor… –comienza diciendo Guadalupe, mientras hace que acomoda unos bolsos en la parte de atrás del auto.

Martín sigue sentado en el asiento del conductor. Entre Pedro y Luciana decidieron que lo mejor es no moverlo, le darán de beber y curarán la herida de la frente, hasta que puedan llevarlo al hospital de Bariloche.

Pero lo grave es que no hay señal de celular y en un rato, cierran el puente. Si no circula alguien en una hora, tendrán que pasar la noche allí.

–No entendiste nada –dice Martín, de pronto, con la cara hinchada por el golpe, entre dientes.

–…y además, podemos ver de pedir ese famoso crédito para poder cambiar este auto… –continúa sin escucharlo, Guadalupe.

–¿Qué hay… que decirte para… para que entiendas? –insiste él.

–Y además, con lo que saques por este trabajo, podemos saldar lo del terreno en el cerro y…

–¿Sos… boluda o te hacés?

–….

—¿Sos boluda o te hacés?… Porque no te entra lo que te digo, no entendés nunca un carajo —levanta la voz— lo hacés a propósito… Lo hacés… lo hacés… —le falta el aire.

Guadalupe sale del auto y avisa:

—No puede respirar, se está ahogando…

Pedro se acerca para auxiliarlo.

–Tranquilo, compañero –le dice–. Veamos de abrir un poco la camisa, a ver si ventila mejor. No hable, déjese de embromar, no estamos para conversar –y ordena mirando a Guadalupe–. Fíjese en mi auto, arriba del asiento debe haber un botiquín, por favor, traigameló…

Y Guadalupe sale.

–Ayúdeme –dice Martín.

–Sí, sí, tranquilo, hombre, ya lo estamos ayudando

–Ayúdeme –vuelve a decir.

–No haga esfuerzo, hombre, tranquilo.

–Sáquenme a esa mujer de encima –ruega.

Y se desmaya.

IV

Pedro enciende una pequeña fogata a la vera de la ruta.

Guadalupe lo ignora y se mete en el asiento trasero de su auto, hecha un ovillo, custodiando a Martín, que duerme.

Luciana ya quiere irse. Pero, como sabe que no hay opción, se acerca al fuego.

–Mirá que tengo años yendo y viniendo del pueblo a la ciudad, pero nunca había tenido que pasar la noche acá, en medio de la ruta… –le dice Pedro, mientras frota sus manos frente al fuego.

–¿Trabaja con su auto?

–Sí, con esto trato de subsistir. Y, ¿vos qué hacés por acá?

–Estoy intentando reconstruir una historia… Vine a buscar datos de mi padre, que murió hace unos años y solía andar por estos pagos.

Pedro ceba unos mates. Se cubre con una manta y se pone la boina.

–Y, ¿a qué se dedicaba tu papá? –pregunta curioso.

–Ingeniero agrónomo.

–¡Qué trabajo interesante! –reflexiona–. Y estás buscando reconstruir su historia…

–Así es –responde Luciana con una sonrisa–. Murió hace muchos años y ahora quería ver qué puedo saber de él. Pregunté en varios lugares del pueblo, pero no pudieron decirme nada.

Y lentamente, toma su cartera, saca una foto y se la extiende. Una imagen en blanco y negro de su padre, joven, sonriendo, en uno de los tantos asados que solían hacer con sus compañeros.

Cuando Pedro la tiene en sus manos y mira la imagen, vuelve a mirar a la joven.

–¿Lo conoce? –lo interroga ella con más seguridad que inquietud.

–Sí –contesta y asiente con la cabeza.

Luciana respira profundo.

–Mirá vos –suspira Pedro–. Si no hubiéramos tenido este percance, ni se te hubiera ocurrido charlar conmigo de esto… Bah! Ni me habrías mostrado una foto… ¿Lo que es el destino, no?

Luciana vuelve a tomar aire. Espera el relato.

–Recuerdo que lo llevé en el auto durante unos cuantos años –comienza Pedro–. Cuando venía solo, solía sentarse adelante, conmigo. Pregunté por él, a la gente del pueblo, cuando dejó de venir. Nadie supo decirme nada.

–Pero… ¿sabe por qué venía? ¿charló con él? –pregunta ella.

–Tu papá, durante muchos años, vino al pueblo a ver al Vicente –relata mientras toma la pava y ceba un mate amargo para la joven–. Mejor dicho, a traerle plata. Vicente es un borrachín de por acá. No sé dónde andará ahora, hace rato que

no lo veo… Por lo que supe, tu papá lo había atropellado con una camioneta que manejaba en Bariloche, hacía unos años. Algo leve, no le había hecho daño, casi nada, para decir verdad. El vago rengueó un tiempo, unas semanas habrá rengueado, no más… Pero yo lo veía exagerar con su cojera. Creo que Vicente se aprovechó de tu padre y se las ingenió para hacerle sentir que necesitaba su ayuda económica.

Luciana sonrió e intentó recrear esos viajes que hacía su papá, lo imaginó dándole la plata a ese hombre, ayudándolo.

La imagen de su madre volvió a aparecer en ese instante, tal como la veía siempre en sueños, con su vestido color marfil y el cabello rubio y lacio moviéndose con el viento.

–Era muy conversador –agregó Pedro, mientras se levantaba para poner unos palos más al fuego–. Y muy agradable. Aunque no charlábamos mucho cuando venía con tu mamá. Porque se sentaban atrás. Una hermosa morocha de rulos… Se ve que se querían mucho.

V

Al hombre herido ha empezado a subirle la fiebre.

Delira, transpira y mientras Guadalupe le acaricia la frente, grita:

–¡Maite!, ¡te amo!

VI

Siete horas más tarde, cuando empieza a amanecer, pasa una camioneta que va a Bariloche.

Unos cóndores enormes ocupan la mitad de la ruta.

El conductor asegura que, ni bien tenga señal, pedirá una ambulancia para que venga a buscar al herido y aprovecha a cargar a Luciana, que se despide brevemente de Pedro.

Guadalupe se queda esperando.

Cerca de las nueve de la mañana, unas quince horas después del accidente, llega la ambulancia al lugar. El médico pone un collarín al joven herido y lo suben a una camilla. Junto a él, en la parte trasera, viaja Guadalupe. Pedro espera una grúa que lo remolque de regreso a su pueblo.

VII

Al llegar a Bariloche, Luciana compra un pasaje a Buenos Aires y decide no volver jamás a ese lugar.

Esa misma tarde, Martín, el joven herido, muere en el hospital, como consecuencia de los golpes recibidos.

Guadalupe le cuenta por teléfono a una amiga que, antes del accidente, Martín le había propuesto casamiento.

La joven Maite, quien espera un hijo de Martín, sigue llamando a su teléfono celular.

Nadie le contesta; el aparato quedó tirado en medio de la estepa.

Descubre la fatal noticia de su muerte en el noticiero de la noche de la televisión local.

SANDRA LANGONO

Sandra Langono es Argentina. Ha obtenido los siguientes premios y menciones (1° premio en el certamen "Yo te cuento Buenos Aires, Edición Bicentenario, 2011", 2° premio en el "Premio literario, Provincia de Córdoba, género cuento, 2011), una novela, ***El día menos pensado***, ediciones del CELIAP.

AÚN NO AMANECE PERO SE HA DESPEJADO

Domingo de madrugada. El hombre viejo mira para atrás. Ya no llueve. Camina por Acevedo. Dobla al llegar a la esquina de Murillo del lado de la vereda dónde está la sinagoga. Lo sigue un perro y, unos metros más atrás, un niño de rulos negros y despeinados. El hombre da dos o tres pasos; se detiene mirando hacia la esquina de Gurruchaga y ve el lugar desde lejos: un volquete con escombros y los negocios cerrados de una calle bastante oscura. Retoma la marcha hacia allí con paso suave. Las luces de las bombitas del alumbrado son tenues y parecen desteñidas; la bombita del poste de mitad de cuadra está rota; la de la esquina donde está el volquete, también. Hay una humedad en el aire y es como si esa humedad tensara la madrugada. La calle está desierta a lo mejor por la oscuridad o por el frío o por la lluvia que ahora ha cesado o porque es madrugada de domingo y un hombre viejo camina por Murillo sordamente y entre los pasos sordos retumban otros pasos acompasados que parecen venir de no muy lejos, desde Acevedo; es un ruido seco pero nítido, un toc, toc-toc lento, constante y tal vez por eso el hombre viejo se vuelve una vez más.

Camina un poco encorvado; arrastra los pies. Lleva desatados los cordones de los zapatos. Son unos zapatos anchos, negros, antiguos. El perro husmea entre bolsas de plástico, papeles, hojas podridas que se amontonan en la alcantarilla, colillas

y cartones de cigarrillos. Es un perro flaco, de orejas grandes y puntiagudas, petiso, de pelo ralo, marrón oscuro y una cola demasiado larga para su altura. Casi la arrastra. El niño camina con las manos en los bolsillos. Desde lejos, llega el chirrido de unos frenos sobre el pavimento mojado. El niño esconde la cabeza entre los hombros, se acomoda el pelo, se muerde el labio inferior. Después, mira a su alrededor. El cemento huele a brea y a aceite quemado. Hay bolsas de basura que han sido abiertas y cuyo contenido se ha desparramado en el suelo. Es una madrugada sin luna de cielo gris. Todavía hay olor a lluvia y a frío; parece que pronto va a llover de nuevo. El hombre viejo lleva una bolsa en la mano. Es una bolsa de mercado; la carga ladeando un poco el hombro como si dentro llevara algo muy pesado. En el fondo se distingue un bulto. El niño se restriega los ojos, patea una piedrita y bosteza. El pelo de rulos negros le llega casi hasta los hombros. No debe tener más de ocho años. El perro se adelanta, vuelve, corretea, se acerca el niño. El niño le acaricia la cabeza; el perro le lame la mano. Después corre hasta la esquina y desaparece por Acevedo siguiendo la dirección desde donde llegan los otros pasos, el toc, toc-toc lento, constante. Unos momentos después, el perro reaparece, menea la cola y ladra hasta alcanzar al niño. Ahora camina casi pegado a las piernas del niño que le da unas palmadas en el lomo y acerca su cabecita enrulada hasta la cabeza huesuda del perro; le susurra algo. El perro camina en silencio al paso del niño.

El hombre viejo avanza con pasos torpes; la cabeza inclinada sobre el pecho. El pelo gris, hirsuto cae desde debajo del sombrero. Se acerca al cordón de la vereda y estira la cabeza en dirección a la otra esquina, la de Acevedo, parece que no alcanza a ver lo que busca. El niño lo mira hacer, se levanta el

cuello de la campera, vuelve a bostezar. Espera apoyado sobre la cortina metálica de un negocio. El perro se echa a sus pies y se lame una pata.

La lámpara de la esquina de la vereda de enfrente del volquete da sobre la copa de un árbol. El árbol proyecta una sombra oblicua sobre un ángulo y le da un aspecto sombrío, difuso. El hombre viejo se abrocha el sobretodo y vuelve a andar hacia la esquina de Gurruchuga. "¡Capitán, acá!", se lo escucha llamar con voz apagada como si temiera despertar a los vecinos. El perro, que ahora husmea al pie de un árbol, levanta las orejas y la cabeza; se queda un momento así, luego vuelve a husmear esta vez en una caja de cartón; mordisquea una bandeja de plástico que ha caído de la bolsa de consorcio apoyada en el árbol que está cerca de la entrada de la puerta enrejada de la casa de comidas. En unas horas olerá a lekach, a burrekas, a kreplaj; ahora huele a rancio, a lavandina. "¡Capitán!", repite el hombre entre dientes y el perro vuelve hasta él con la cola entre las patas, lloriqueando. "¡Capitán!", lo llama el niño. El perro corre con la cola libre. El hombre viejo hace señas al niño para que haga silencio. "¡Quieto!", dice el niño en un susurro y el perro obedece; le salta entre las piernas, jadea con la lengua afuera. "Shhh", dice el niño con el índice cruzado sobre los labios. El perro mueve la cola. El hombre viejo los apura a los dos. El niño se pone a la par y él lo toma de la mano. El perro intenta colarse entre ambos; el niño le indica, con un gesto de la mano, que se ubique del otro lado, entre él y la pared. El hombre viejo murmura unas palabras en voz muy baja. El niño asiente. El hombre le acaricia la mejilla; después mueve la cabeza como diciendo que no y vuelve a mirar para atrás. Los otros pasos han seguido sonando y han llegado a la esquina.

Ahora se ve que es una mujer muy vieja que camina apoyada en un bastón. Es un bastón con una punta de plomo; el pomo es una bola de marfil. La mano de la mujer se aferra a él. Lleva mitones negros, de lana, y los dedos, tan arrugados que parecen de papel, se cierran sobre el pomo como una garra. La mujer camina tan encorvada que la barbilla queda apenas unos centímetros más arriba que la mano que envuelve el pomo del bastón. Lleva un gorro de lana que le tapa hasta la línea de los ojos. Lleva un chal negro sobre los hombros y un tapado, también negro, largo hasta los tobillos. El pelo anaranjado, pajizo, parece una peluca. Camina con paso lento pero firme. El bastón adelanta cada paso. Es un ritmo de tres tiempos: el primero fuerte, toc, el segundo y el tercero, suaves, toc-toc.

El perro ha vuelto a retrasarse. Gruñe, agita la cola con las orejas rígidas. Husmea ahora con el hocico metido en el cantero que da sobre la medianera de la entrada de un edificio. Es un cantero ancho donde crecen un helecho, una enredadera y, en el rincón, un filodendron. El hombre viejo tropieza con una baldosa floja unos metros antes de llegar a la sinagoga. La bolsa de mercado se balancea bajo la mano; una manija se desprende y asoma una manta gris deshilachada. Apoya la bolsa en el suelo. El niño se apresura a recoger la manta caída y lo ayuda a acomodarla. El hombre viejo la aplasta con la mano. El perro se acerca; husmea dentro de la bolsa; jadea, gruñe, estira las orejas, agita la cola, se refriega en las piernas del niño, vuelve a ladrar, gira alrededor de la bolsa. El hombre viejo lo aparta con una mano y con la otra recoge la bolsa. Mientras se agacha y vuelve a enderezarse, gira la cabeza hacia la esquina de Acevedo. La mujer muy vieja se ha detenido en el mismo momento en que el hombre viejo y el niño recogen la manta.

Ha llevado una mano a la frente encima del gorro de lana que le llega hasta el borde de los ojos y se ha quedado inmóvil. Bajo el haz de luz del farol de la esquina, la piel plagada de arrugas del rostro queda al descubierto. Es una piel muy blanca, y a pesar de que es una mujer casi centenaria, conserva definidos los rasgos de la cara: la nariz recta, la curva de la boca de labios finos; los ojos rasgados, casi transparentes. De pie, sostenida por el bastón, la mujer muy vieja ha estirado un brazo hacia adelante y ha abierto la mano como si quisiera atrapar algo en el aire. La mano tiembla y, de la boca entreabierta, un halo de vapor denota el ritmo de la respiración. Después, ha bajado el brazo y la mano; ha acomodado un extremo del chal que ha resbalado por un hombro; se ha envuelto en él cubriéndose hasta el borde de los labios. Vuelve a caminar y el paso que da el bastón retumba en la calle.

El hombre viejo vuelve a mirar a la mujer pero no se detiene. El niño repite el gesto del hombre y luego vuelve la cabeza hacia él. El hombre mira al niño y le habla; le acaricia el pelo con la mano libre, y con la otra, con la que lleva la bolsa, señala hacia el volquete con un movimiento del índice. El niño mantiene la cabeza hacia arriba buscando los ojos del hombre y con el brazo en alto señala, en cambio, hacia la mujer. Después deja caer el brazo. La cabeza enrulada se dirige hacia las ventanas oscuras de los departamentos de los pisos altos de la vereda de enfrente y parece detenerse unos momentos en una ventana iluminada por una luz amarillenta. Luego continúa ascendiendo hasta dar con las nubes. Camina casi a tientas, atento a los nubarrones. El perro corretea cerca de la bolsa; huele, jadea y le ladra al bulto negro que hay en el fondo. El hombre viejo lo

espanta. El perro se refugia cerca del niño y camina, con la cola quieta, unos pasos detrás de él.

Desde no muy lejos, llegan los ecos de la avenida. Algunos gritos y canturreos de los que trasnochan; un acelerador y una bocina; el ronroneo de una moto. Son ecos solapados, como si en las tres calles, desde la avenida hasta la esquina del volquete, el mundo se hubiera vaciado. No hay autos estacionados en la calle; el silencio parece un grito. Mañana, las tres calles volverán a su trajín. Los camiones de mercadería estacionarán en doble fila como todas las mañanas; se levantarán las cortinas metálicas y darán lugar a las acostumbradas compras y ventas y, en las veredas, sonarán los pasos de empleados y proveedores. De los edificios, niños con guardapolvos y uniformes, de la mano de las madres, partirán a su rutina colegial. Algunos vecinos sacarán a los perros a sus paseos matutinos y los porteros madrugarán en las veredas con las escobas y los desinfectantes.

Pero ahora, mientras las calles parecen detenidas, niño, perro y hombre viejo han llegado hasta la mitad de la cuadra. En la puerta de la sinagoga, el viejo se detiene un momento; mira hacia la puerta cerrada; niega con la cabeza. El niño y el perro se han adelantado. El hombre viejo los mira desde la vereda del templo; vuelve a mirar hacia la puerta cerrada y luego gira hacia la mujer muy vieja que ahora ha apurado el paso y el toc, toc-toc rompe su ritmo regular y se vuelve torpe, entrecortado. Ella inclina el cuerpo hacia delante, arrastra los pies, aprieta los dedos aferrados al pomo de marfil del bastón y acompaña el movimiento del cuerpo con el brazo libre. Parece que quisiera empujarse; darse impulso adelantando el brazo. El niño hace gestos desde la otra esquina y señala el volquete que está frente a la fábrica de cueros con el brazo estirado y el cuerpo vuelto

hacia el hombre viejo. Es un volquete lleno de escombros. El perro corre del niño al hombre, del hombre al niño y otra vez al hombre. Agita la cola, gime, ladra, y los ladridos se amplifican en el silencio de la calle. "Esperáme", dice el hombre viejo, aún de pie frente a la sinagoga. Después vuelve a marchar hacia el niño que espera en la otra esquina. El perro ha cruzado la calle y huele un montículo de basura que hay del otro lado. El niño está atento a las corridas del perro que ahora salta al pie del volquete como si tratara de trepar.

El hombre apura el paso y, al hacerlo, renguea; el andar se le vuelve torpe. Cambia de mano la bolsa. El niño llama al perro con la mano; después dirige la cabeza hacia el viejo y señala el volquete. El perro salta y araña la pared de hierro.

El perro, el hombre viejo y el niño están ahora junto al volquete. El hombre toma la mano del niño que vuelve la cabeza hasta encontrar la cara de hombre. Permanecen un momento así, quietos, silenciosos. El perro gime. El hombre viejo toma al niño por las axilas y lo ayuda a trepar. El perro ha vuelto a ladrar y a arañar la pared del volquete. El hombre ha dejado la bolsa de mercado en el suelo. El niño, de pie en el volquete, de espaldas al hombre viejo, comienza a quitar escombros. Los acomoda como piezas de un rompecabezas. Aparta una lata de gaseosa y una caja de cartón; las coloca en un extremo. Busca los escombros más regulares y aparta los más puntiagudos. Encaja las piedras y arma una superficie plana. El perro ladra, agita la cola, corre de un lado a otro. Se para sobre dos patas; las delanteras, apoyadas en la pared del volquete; la cabeza levantada hacia el niño; las orejas, rígidas. Emite un gemido largo y agudo parecido a un aullido. El niño y el hombre viejo lo reprenden. El perro calla unos momentos. Después vuelve

al gemido largo y agudo. Corre con desenfreno hasta la mujer muy vieja que viene avanzando por la otra cuadra. Le salta a las piernas, le mordisquea la falda. Ella tambalea, lo espanta con el bastón, detiene la marcha. Entrecierra los ojos, ciñe el entrecejo, arquea los labios en una mueca extraña. Parece que no entendiera los movimientos del viejo o que los reprobara y, al contraer el rostro, la piel queda desdibujada por un enjambre de arrugas. Lleva una mano a la sien y retoma la marcha con torpeza; se apura. El bastón repite una serie de ecos confusos.

El hombre viejo se agacha; saca la manta gris de adentro de la bolsa y la sacude. Ahora se ve que el bulto negro que había en el fondo de la bolsa es un estuche alargado. El niño detiene la tarea de emparejar escombros; enfrenta al hombre viejo que ahora susurra, como si orara, sin mirarlo porque se inclina sobre la bolsa de mercado. Recoge la manta gris que había dejado en el suelo y, tras volver a sacudirla, se la alcanza al niño. Juntos la estiran sobre la superficie plana recién preparada. El hombre viejo señala un extremo con el brazo y el niño la asegura con una piedra. Luego, asegura también las otras tres puntas. El hombre le indica que gire con un movimiento circular de la mano; el niño se da vuelta y queda de espaldas. Vuelve la cabeza y el hombre viejo asiente. El niño se sienta sobre la manta, de espaldas a la vereda y con las piernas hacia la calle, atravesado en el centro del volquete. Apoya las manos; estira los codos y se queda mirando para arriba. Aún no amanece pero se ha despejado. El cielo parece lleno de parches: algunos nubarrones se han abierto y hay zonas de cielo limpio. Ha cambiado el viento. Un aire gélido se lleva la humedad y empuja a los nubarrones. El amanecer, que aún no llega, se ha vuelto más frío aún. Entre los retazos de cielo limpio se ha dejado ver

una estrella de brillo intenso. Es el lucero, Venus que titila en lo alto. El niño sentado sobre la manta en el volquete, se ha quedado muy quieto, atraído por el paso de las nubes; atento al brillo de Venus. El hombre viejo ahora tiene el estuche negro y alargado en una mano. Mira la cabeza del niño, tirada hacia atrás, vuelta la carita hacia la estrella, caídos los rulos negros sobre los hombros y la espalda. Entonces, el hombre viejo también lleva hacia atrás la cabeza y los pelos hirsutos parecen quebrarse sobre la nuca. Se queda unos momentos con los ojos fijos en Venus. El perro gime, salta; trata de trepar al volquete arañando el hierro de la pared; ladra. Los ladridos retumban en la calle; cerca de la esquina retumban los ecos caóticos del bastón. La mujer muy vieja recoge un borde de la falda con la mano libre; trastabilla, el pie derecho se dobla y el izquierdo choca con él; el cuerpo se desequilibra hacia delante. La mano que aferra el pomo de marfil del bastón se abre en abanico y el bastón cae con estrépito. La mujer muy vieja, a punto de desplomarse, alcanza la pared; parece que se ha golpeado o que se ha raspado los dedos porque los refriega pegada al muro. Apenas un segundo después se la ve retomar la penosa marcha hacia la esquina, sosteniéndose de la pared. El perro va y vuelve: de la mujer al hombre y al niño; otra vez a la mujer y otra vez al volquete. El hombre viejo intenta abrir el estuche negro pero le tiemblan los dedos y se le enredan en el lazo que ata al estuche; el viejo forcejea. El niño sigue atento a la estrella. Parece consternado y al mismo tiempo atraído por ella, como si la intensidad del brillo lo fascinara. El hombre viejo consigue desanudar el lazo. Abre la boca del estuche, mete una mano y luego la desliza hacia fuera. Los dedos apretados alrededor del mango negro. Oculta el brazo detrás de la espalda. La hoja de

acero, al final del mango, atrae al perro que salta y se coloca en posición de ataque. Las orejas y la cola, rígidas, el lomo arqueado, las patas firmes sobre el suelo; aprieta los dientes, alza los belfos, jadea, gruñe.

El hombre viejo se acerca al niño. Le indica que se acueste. Señala con la mano libre el borde del volquete que está de su lado. Palmea en la piedra. El niño gira sobre sí. Se sostiene en las manos, recoge las piernas y se desliza un poco hacia atrás. Apoya la cabeza en el lugar dónde el hombre aún mantiene la mano sobre el escombro. Estira las piernas hacia la calle. El hombre viejo acaricia la cabeza del niño; retira los rulos negros caídos sobre la frente y la besa. Es un beso lento, suave. El niño lleva la cabeza hacia atrás y abre los ojos, buscando los del hombre viejo, y sonríe. El hombre cruza un dedo en los labios en señal de silencio. Luego, toma un brazo del niño y lo coloca al costado del cuerpo; el niño acomoda el otro brazo.

La mujer muy vieja llega hasta la ochava de la esquina. Ya no tiene pared de dónde sostenerse. El bastón ha quedado tirado unos metros más atrás. Ella se aferra con las dos manos a la reja del portal del negocio de la esquina. Queda allí congelada, detenida. El hombre viejo también ha quedado inmóvil, de pie detrás del volquete, con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos colgados a los costados del cuerpo. El vapor que le sale de la boca y el vaivén de la espalda delatan la agitación. El perro gruñe y muerde los pantalones del hombre viejo. El niño permanece ajeno, fuera de la escena; sonríe con la cabeza dirigida a la estrella, la frente limpia, los rulos negros desparramados a los lados de las sienes.

El hombre viejo da un paso atrás. Los dedos siguen aferrados al mango del cuchillo. Suspira. Después, se adelanta y

besa la frente del niño una vez más. Entonces, con un brazo, le rodea el cuello y levanta el otro por encima de su cabeza. El niño intenta levantarse cuando descubre la hoja de acero sobre sí. Los ojos del niño se abren con desmesura. El perro ladra enloquecido; salta, hunde los dientes en la pierna del hombre. El hombre lo aparta. El brazo tiembla en alto. El brillo del acero parece parpadear. El grito de la mujer corta el aire:

"¡No, Abraham! ¡No!"

MAXIMILIANO GONZÁLEZ JEWKES

Maximiliano González Jewkes. es profesor en letras. Escritor y crítico de cine. Es docente en escuelas medias. Ha participado como docente del CEPA del GCBA, dictando diversos cursos sobre Literatura y Cine. Ha publicado: La garganta del sapo -cuentos- (1991), Círculo en la plaza –cuentos, 2º premio del Fondo Nacional de las Artes (2003), ***El lungo*** –novela, con subsidio de Sec de Cultura del GCBA (2007). Como crítico de cine: ***Literatura y cine, uso del video en el aula*** (1997) El cine: ***La resistencia de la mirada*** (2011). Coordina en la actualidad talleres de narrativa, de escritura y de cine en el proyecto Educación No Formal del GCBA.

DIARIO DE LAILA

Consideraba a su cuerpo del mismo modo que el titiritero considera a sus títeres, objeto de fascinación y turbio deseo para el espectador…

***La travesti y el cuervo*, Copi**

El telegrama llegó una mañana temprano. Cuando abrí la puerta pensé que sería de la empresa donde había dejado mis datos para que me llamaran, pero no. En letra de mayúscula de imprenta rezaba "MURIÓ LUIS". La firma al pie era la de Mauricio. Hacía tanto que no nos veíamos ni nos comunicábamos, y ahora reaparecía para anunciarme la muerte de Luis. Pero decir Luis equivale a decir demasiadas cosas para nosotros, Luis era el nombre de nuestro amigo común, los tres anduvimos muy juntos parte de la primaria y la secundaria, Luis se había inscripto en Derecho y había comenzado los estudios con entusiasmo, pero como al año y medio decidió abandonar, puesto que había decidido viajar. Ese viaje duró más de lo que imaginamos y de lo que, presumo, debió imaginar él mismo.

Me puse a rebuscar entre mis viejas agendas a ver si conseguía el teléfono de Mauricio. Di vueltas las bibliotecas y los cajones pero fue inútil, justamente las que tenían su número habían ido a parar a la basura. Entonces, en medio de la búsqueda, traté de acordarme de las noticias que fuimos teniendo de Luis una vez que se fue de viaje. Como a los dos meses nos escribió desde Singapur. Mauricio y yo nos sorprendimos por el destino desde nos llegaba la misiva, convencidos de que

debía andar por algún país de Europa. Recuerdo que la carta era escueta, parecía hasta evasiva. Decía que después de unos meses en París había tenido que recalar allí para salir rumbo a Rangún, que París había sido maravilloso, pero muy caro y que el único trabajo que había conseguido "digno" lo obligaba a realizar por lo menos dos de estos viajes por año, sin explicar demasiado de qué se trataba. Recuerdo también, que el papel de la carta desprendía un halo a Chanel Nº 5, Mauricio se mostró igualmente extrañado por este detalle, pero no hicimos comentario alguno ese día.

Como a los tres meses de esa primera carta llegó una segunda, esta vez desde Bangkok. Hablaba insistentemente de la juventud de Bangkok, que era maravillosa y sumamente bella, me llamó la atención que aplicara dicha afirmación a "la juventud" en su conjunto y no a las mujeres. Tres renglones más abajo, el misterio se develaba de forma inequívoca: "Desde hace un mes –decía Luis- he decidido ser Laila, y quiero que sepan que gracias a Jean Paul voy a poder asumir plenamente mi femineidad" Siempre habíamos reparado en la actitud puntillosa y delicada de Luis, pero nunca supusimos que iba a desembocar en semejante decisión.

Dos años y medio estuvimos esperando nuevas noticias de Luis, digo de Laila, pero no llegaron. Por los diarios nos enteramos de un accidente que había sufrido Jean Paul del que había quedado en silla de ruedas – era un empresario que tenía una relación directa con el mismísimo presidente-, pero no nos llegó carta alguna. Mauricio envío dos cartas y yo una que no tuvieron respuesta. Con el tiempo transcurrido supusimos que ya no estaría en la misma dirección. Curiosamente desde esa época comenzamos a distanciarnos: Mauricio se casó y tuvo

dos hijos, yo duré tres años en mi primer matrimonio, y el segundo nunca llegó a concretarse. Tuve relaciones esporádicas y me fui acostumbrando a ellas. De vez en cuando pensaba en Luis y en Mauricio, qué vidas más opuestas. Mauricio había ido ascendiendo en la empresa. La última vez que me lo encontré sentí que había cambiado y que yo era parte de un pasado que no le agradaba y al que no quería volver. Cuando mencioné a Luis me interrumpió: "no hablemos de él, o de ella, por favor, ya no." Su voz gerencial resonó autoritaria. No dije nada más y desde ese día no nos volvimos a ver.

A fin de ese mismo año me enteré que se separaba porque uno de sus hijos me llamó para contarme. Su mujer se iba, no aguantaba más su carácter y su adicción al trabajo. No quiso pasarme con él, no sabía que lo estaba llamando, así que le dije que se comunicara cuando quisiera. Empezamos a hablar con cierta asiduidad con Pablo, el hijo mayor de Mauricio, en uno de sus llamados me preguntó quién era Luis. Le dije que no podía contárselo brevemente, que la historia era larga. Estuvimos por encontrarnos, pero Mauricio se enteró y le prohibió verme.

En marzo del año siguiente me llegó la encomienda. Fue muy extraño, creo que nunca recibí una encomienda en mi vida. El paquete papel madera decía mi nombre y apellido y en el remitente rezaba: "Laila Méndez Dubois" en una firma que estiraba el cuello de las eles y enrulaba las patas de la eme y la ene.

Era su diario. Después de tantos años, la historia de Luis, hecha para mí de lagunas y de incógnitas terminaría por revelarse. Había también una nota dirigida a mí:

Después de todos estos años, creo que tenés derecho a saber todo. Pensé en vos porque me di cuenta de que a Mauricio no le agradó mi decisión y ya no me contesta ninguna carta, le escribí varias. Así que vos sí querido, vos tenés derecho a saberlo todo. Bueno, no sé si todo, pero por lo menos lo más importante que he vivido durante estos años.

La vida en Europa no es fácil, querido Eduardo. Uno cree que llegás y andás de acá para allá como si nada, pero no. La plata se acaba y si sos inmigrante sos casi menos que nada, entonces empezás a trabajar de lo que sea. Durante un tiempo fui lavacopas como es clásico en cualquier inmigrante, después me dije que ya era suficiente, que tenía que conseguir otro trabajo. Fui mozo, atendí un puesto de diarios y volví al bar donde había sido lavacopas ya con un cargo. De vuelta en el bar, pero ya como alguien visible, conocí a Jean Paul. Un día apareció se sentó a la barra y bebió sin sacarme los ojos de encima,, al día siguiente volvió, y al otro se decidió a hablarme. Al principio me resultó chocante, yo no estaba acostumbrado a ese tipo de trato. Me dijo que veía otras cualidades en mí, que podía ayudarme y algo dentro mío cambió para siempre, algo que venía haciendo equilibrio y que yo no podía manejar del todo. Pero, qué tonto, si te mandé el diario, no sé por qué me estoy explayando tanto. Bueno, tomálo como un resumen de lo que vas a leer. Ah, no es completo, querido, no quiero aburrirte, elegí lo más significativo para lo tomes como un relato. Quizás yo también debiera tomarlo de este modo.

Diciembre 3 de 1980

Hoy es mi primer día en París, todo me parece maravilloso, pero la verdad, no tengo idea de qué voy a vivir. Me miro al

espejo y pienso "¿que va a ser de mí? No terminé el siquiera el secundario. Entonces abrí la caja y saqué la peluca rubia. Hacía medio año que me la había comprado pero nunca me animé a usarla, ni siquiera en soledad. Me dije: Ahora estás en París, podés ser lo que quieras. Me maquillé, me pinté los labios y con la peluca rubia puesta intenté remedar la canción de Marilyn en "Los muchachos las prefieren rubias". Ah, fue maravilloso, me sentí como nunca.

Adoro los edificios de París, las estatuas, todo. Cuando esté más asentado voy a pasar por Pigalle.

Diciembre 4

Amaneció lloviendo. Sigo sin tener idea de qué voy a hacer, ayer me dormí medio borracho. La peluca quedó a un costado. Ya la estoy poniendo de nuevo en la caja, no vaya a ser cosa que se estropee.

Son las dos de la tarde y paró de llover. Voy a salir a buscar algo, tengo que encontrar rápido un medio de subsistencia, me queda dinero para diez días a lo sumo.

Las seis y media y ya es noche cerrada. Bueno, no me puedo quejar, ya conseguí trabajo de lavacopas. No es lo que esperaba pero es algo.

Diciembre 5

Hoy es mi primer día como lavacopas. Sé que el trabajo debe ser extenuante, pero por ahora habrá que conformarse, ya arreglé que dieran un adelanto dentro de una semana, con eso puedo ir tirando hasta encontrar algo mejor. Antes de salir me vuelvo a probar la peluca, por cábala qué se yo.

El trabajo es agotador, no tengo energías para nada más, me voy adormir. Solo quiero dejar escrito aquí que no pienso ser lavacopas por mucho tiempo más. Quiero dejarlo escrito como una promesa a mí mismo.

Diciembre 12

Estoy disfrutando de mi primer franco y del adelanto. Pude arreglar tener un día y medio libre. Para empezar está bastante bien. París es deliciosa, todo es tan exquisito. Hoy voy a ir a un museo a ver la obra de Tolouse Lautrec, mi pintor favorito. Amo esas mujeres que levantan las piernas y muestran sus polleras coloridas, las amo, querría ser una de ellas.

Lo único es que aún no he podido contactar con nadie, tan preocupado anduve en buscar trabajo y asentarme aquí. Ahora empiezo a sentir el efecto de la soledad. Pero ya voy a encontrar a alguien. Hoy entonces al museo y luego un paseo por Montmatre me va a venir bien.

Diciembre 18

Hace tres días que viene un muchacho al bar que me mira insistentemente. No sé cómo actuar, nunca antes había experimentado esta sensación. Es curioso, pero desde que deseo ser una gran mujer todo lo veo distinto. Es esmero con que lavo los platos y las copas ya fue objeto de alguna alabanza por parte del dueño. Igual, no quiero que crea que este es mi oficio definitivo. Para nada, yo aspiro a más.

Sus ojos claros y levemente huidizos me llamaron la atención, y solo levanto la vista para vérselos solo cuando estoy seguro de que no me va a mirar, sin embargo mientras estoy atareado con los vasos siento esos ojos sobre mí, insistentes.

Diciembre 20

Hoy pude atreverme a hablarle. Le dije soy argentino y que pienso vivir en París. Sus ojos se iluminaron y hasta pareció emocionarse. Me preguntó cuando podía verme en otra parte. Quedamos para el jueves, que es mi próximo franco.

He vuelto a la pensión pensando en él. Mi alegría es enorme

Diciembre 23

Finalmente nos encontramos. La espera fue torturante. Él me confesó que también estuvo esperando este encuentro con ansiedad. Tomamos un largo café en el que me enteró de lo que para él había resultado lo más importante de su vida. De chico había sido huérfano de padre, así que su madre se casó nuevamente. El padrastro pareció al principio un buen hombre, pero en poco tiempo mostró su verdadera condición. Teniendo él apenas 11 años, lo había violado y amenazado. La madre alarmada por las pesadillas que empezó a tener decidió llevarlo a un psicólogo. Durante varias sesiones trató de evitar la confesión, pero parecía que el hombre intuyera lo que le había ocurrido. Se había dado cuenta por las preguntas que le hacía: siempre se refería a cómo se había sentido antes de la muerte de padre y a lo que había sucedido con sus sentimientos después del segundo matrimonio de su madre. Finalmente confesó: si, ese hombre lo había violado. Pensó que la confesión lo aliviaría, pero no, había algo más. No estaba del todo a gusto en la escuela por las charlas de sus compañeros, le interesaban más las charlas femeninas. Mediante cualquier excusa se infiltraba en conversaciones de mujeres, incluso cuando no era bien recibido entre ellas.

Al poco tiempo conoció a Pierre con quien había tenido una relación estable, hasta que un día lo descubrió besándose

con un tal Gerard y sintió como un abismo: violado por el padre, sin relación posible con las mujeres pues odiaban sus comentarios directos y ahora traicionado por Pierre, le pareció que nada tenía demasiado sentido, hasta que entró al bar y me vio.

La historia parecía un tanto cinematográfica, pero traté de mostrarme convencido y nos besamos. Entonces comenzó a desvestirme despacio. Me puse nervioso, y le pedí que se detuviera. Me preguntó si era virgen, entonces me ruboricé. No hay nada de malo en ello, dijo, al contrario, para mí es encantador. La velada terminó con un té de hierbas que compartimos animadamente. Quedamos en vernos el domingo. Brindamos por navidad, ya que no íbamos a vernos. Nos besamos y se fue.

Diciembre 26

Pierre apareció con un saco color violeta, parecido al del Guasón y unos zapatos charolados que me encantaron. Tomamos un chocolate juntos en Champs Elisees y luego vino a la pensión. Estuvimos charlando y finalmente lo hicimos. Fue como cruzar una barrera que me resultaba difícil de trasponer. Su conversación era encantadora. Nos quedamos hasta bien tarde juntos, pese a que al día siguiente tenía que ir al bar. Hasta me animé a hacerle mi numerito de Marilyn con la peluca rubia puesta. No paraba de decir que había estado fantástica, mientras aplaudía como enloquecida.

Cuando se fue me quedé solo frente al espejo, examinándome: ¿Quién era yo a partir de ese momento, qué estaba dispuesto a ser? Se me escapó una sonrisita de picardía y apagué la luz.

Diciembre 29

Hace tres días que no sé nada de él. Me imagino que estará ocupado. Ni siquiera le pedí un teléfono, que tonto. Lavo copa tras copa y levanto la vista para descubrir siempre la misma silla vacía ahí, donde debía estar él. No sé, no quiero enamorarme tan rápido, pero tengo ilusiones de que lo nuestro con Pierre funcione. Digo "lo nuestro" como si ya existiera, pero no sé si para él existe, si está pensando en mí como yo en él, no lo sé y me muero de impaciencia por averiguarlo.

De vuelta en la pensión vuelvo a mirarme en el espejo: ¿Seré atractivo o simplemente alguien con quien se puede experimentar y listo? Me pongo la peluca, hago el número de Marilyn sin entusiasmo, como perdida en este vaivén que no me da respiro. Va a hacer un mes que estoy aquí y ni una sola carta les he escrito a mis amigos. A Mauricio no le puedo decir nada, es tan formal y rígido que no solo no lo va a entender sino que no va a querer saber más nada conmigo, a Eduardo puedo decírselo, él seguro que va a comprenderme. Es más creo que cuando nos vimos antes de mi viaje, algo pareció intuir.

Enero 2 de 1981

A todos les dije que viajaba porque no quería hacer la colimba, que estaba harto de los militares y sus estupideces, eso de la guerra con Chile por unas islitas de mierda, quería tener otra vida por fin. Mauricio pareció creerme y hasta compartió mi punto de vista, Eduardo me miró con un dejo de duda. La verdad es que me fui porque lo que quiero ser es imposible en Buenos Aires. París, en cambio, está abierta a todos. Si pudieran verla muchachos.

He pasado el año nuevo solo, por primera vez en mi vida. Fue raro, no digo triste, sino raro. Hace más de una semana

que no sé nada de Pierre, sin embargo no me sentí triste, es más me asombró no estarlo dada mi situación.

Enero 4

Finalmente reapareció Pierre. Había tenido que viajar a Lyon, una cuestión de negocios pendientes (eso fue lo que me dijo) , que ya no podía postergar. Estaba cambiado, no sé como disperso. Quise saber qué le pasaba pero me hablaba de cualquier otra cosa, insistí tanto que al final me lo dijo

Luis, estoy con otro. Tengo un amante en Lyon.

Sentí como el llanto me subía por la garganta. Lloré desconsoladamente mientras él me miraba con esa frialdad que tienen los hombres cuando ven llorar a una…bueno, cuando ven llorar a alguien.

Andáte, le dije.

Tomó su bolso y salió sin decir palabra. Eso fue todo. Horrible, horrible. Esa era mi primera experiencia.

Me juré que nunca iba a volver a caer en esta trampa. Apreté los labios mientras me miraba en el espejo y me dije a mí mismo: Nunca más esto. Nunca.

Enero 12

Los días pasan monótonos sin Pierre. No sé que hacer. Siento que voy a permanecer solo el resto de mi vida y me desespero. Decidí ir al cine y ponerme a leer. En algo tengo que ocupar mi tiempo libre. Caminando por el barrio latino, descubro Bonjour tristesse de Francois Sagan. Ya el primer capítulo me encantó. Esa deliciosa vida sobre el mediterráneo que llevan Cécile, Raymond y Elsa…

Esa misma tarde conseguí ver la película de Preminger en una sala de viejas películas.

Enero 16

Pierre va quedando atrás, pero, ¿qué hay adelante?. Estoy por terminar mi novela, mi única compañía.. Es terrible como se han deshecho de Anne, aunque ella les hubiera dado motivos. No voy a volverme una solterona, quiero decir un soltero empedernido, así que tengo que enfocarme para encontrar a alguien.

Febrero 3

Sé que tengo que ser paciente, pero no doy más, esta soledad me va a matar. Sueño con Pierre. Si bien me propongo no hacerlo, recordar mi vida en Buenos Aires, mis amigos, Pierre se impone en mis sueños. TENGO QUE ENCONTRAR A ALGUIEN.

Febrero 15

He quedado con Louis. Debo admitir que lo hice por mi promesa. Él no me interesa y creo que se dio cuenta de entrada. Es demasiado meticuloso y ordenado, nunca llegaré a ser quien quiero ser con él.

La velada ha sido monótona, se la ha pasado hablando de las leyes de Francia, en algún momento hasta se me cerraban los ojos. Él parece muy interesado en mí, por desgracia.

Febrero 20

Louis sigue viniendo al bar. Ya le he dicho de diferentes maneras que no voy a volver a salir con él, pero insiste. Por suerte se me ocurrió una idea. Me acerco a su mesa y se la digo al oído, me mira alarmado, me paga lo que debe y se va.

Pero eso significa que debo enfrentarme de nuevo a esa nada que está por delante.

Febrero 23

Veo entrar a Louis en el bar, desde esta vereda, está pálido y desencajado, se ve que mi ausencia lo ha perturbado.. Ahora trabajo de mozo en el restaurant de enfrente. Por un lado me siento mejor aquí, por el otro creo que estoy más expuesto, cuando los comensales se dan cuenta que no soy francés, cambian el tono de voz y asumen una actitud francamente displicente. Ahora Louis está echado sobre la mesa como si llorara. De repente entra alguien en el bar y le acaricia la cabeza, él lo mira y sonríe. Juntos salen del bar y desaparecen. Me tiembla en la mano un plato con un omelette de jamón y queso. La calma me invade entonces misteriosa, como si no hubiera visto nada.

Febrero 28

Harto de tanta displicencia y desprecio abandono el restaurant. He conseguido por un conocido de la pensión, cubrir el horario de la tarde en un kiosco de revistas. El trabajo es tranquilo hasta ahora y el dueño me trata bien.

Marzo 1

Hoy escondido en el kiosco bajo el mostrador como le propinaban una paliza a un turco que caminaba con una rubia (presumiblemente una prostituta). El pobre tipo quedó tirado en la calle. La gente pasaba y nadie se acercaba. Dejé mi puesto y lo ayudé a incorporarse. Quise llamar a una ambulancia pero se negó, me pidió que le consiguiera un taxi. Me agradeció y cuando se fue, me di cuenta de que la calle estaba ya desierta, y que seguir en el kiosco a esa hora de la noche era peligroso.

Marzo 3

No puedo seguir, anoche de nuevo presencié otra golpiza, si esto sigue así voy a terminar declarando como testigo de algún crimen. Me vuelvo al bar. Creo que no debí dejar ese trabajo.

Marzo 6

Ayer retomé mi trabajo en el bar pero ya no como lavacopas sino como encargado. Es otra cosa. El dueño me conoce y me tiene confianza. Además a las seis y media de la tarde cerramos.

Ha entrado un hombre bastante más grande que yo. Me mira con atención. Lo atiendo como a cualquiera y luego de terminar su café se acerca a la barra y me invita a salir. Me toma por sorpresa, sin embargo acepto. Se llama Jean Paul. Permanece en el bar hasta que termina mi horario de trabajo y luego nos vamos juntos.

Me cuenta sobre sus negocios y me invita a ser parte de ellos, claro tengo que dejar el bar.

Marzo 10

Jean Paul insiste con que deje el bar, creo que es apresurado. Me invita un fin de semana a Cannes. Le digo que no, no puedo abandonar mi trabajo así como así. Pero me muero de ganas de ir. ¿Y si es un loco o un enfermo?

Marzo 15

Hoy es mi último día en el bar, aviso que dejo el trabajo, es más ya les conseguí reemplazo. Ni bien me paguen mi salario proporcional, me encuentro con Jean Paul. Está afuera esperándome. Dice que tiene una propuesta fascinante para mí. No importa lo que ocurra, creo que es una oportunidad.

Jean Paul me ha propuesto un trabajo, pero tengo que viajar primero a Birmania, y luego a Tailandia. El vuelo hace una escala de dos días en Singapur, allí debo contactar a alguien. Tanto en Bangkok como en Rangún me estarán esperando. Todavía no me dice de qué se trata. Insiste con que tengo que tener paciencia, que en ese negocio las cosas se van sabiendo de a poco. Algo me huele mal, pero no quiero dejarme llevar por mi excesiva susceptibilidad, así que le digo que estoy listo para partir.

Me da un beso y salimos rumbo a la galería Lafayette, para que elija lo que yo quiera: no lo puedo creer, es como un sueño, en el que después de tanto esperar aparece el príncipe.

Marzo 17

Salgo para Singapur. Qué emoción, yo que creí que viviría toda mi vida en Buenos Aires viajando por exóticos países asiáticos.

Marzo 18

En Singapur, ciudad extraordinaria y exótica, me entrevisto con el contacto de Jean Paul, un chino urbanizado que viste traje de seda natural y tiene gestos amanerados.

Siempre que se refiere a Jean Paul, lo hace como si saboreara los momentos que ha compartido con él. No puedo explicarlo, pero estoy celoso. Mañana a la noche salgo para Rangún.

Marzo 21

Hace dos días que estoy en Rangún. Aquí la vida es difícil, poco a poco voy entendiendo el negocio. Según Jean Paul, se trata de salvar a los niños de la miseria y la muerte por las enfermedades y la pobreza. Creo que está metido en la pedofilia. ¿Qué puedo hacer? Lo peor de todo es que tiene razón, quiero

decir, los índices de mortalidad infantil y juvenil son alarmantes aquí. La precariedad sanitaria es inmensa. Estos chicos tienen dos caminos, o son parte del gran negocio gestionado por los franceses y alemanes, o casi la mitad morirá de hambre, de paludismo, tuberculosis u otras enfermedades locales como la malaria antes de cumplir los treinta años.

Marzo 28

No hay vuelta, o trabajo para Jean Paul o me quedo para siempre en este infierno. Él es mi único salvoconducto de vuelta a París. He comenzado a convocar jóvenes. Los elijo bien. Debo ser cuidadoso controlar la dentadura, y su estado general de salud, enfermedades sexuales, en eso fue bien claro Jean Paul. Permanecer en la habitación del hotel vestido de Marilyn, es uno de mis placeres favoritos, igual que caminar por las calles de Rangún, por la zona céntrica donde circulan extranjeros o birmanos refinados de clase alta, vestido de mujer, me resulta encantador. Tengo que escribir a la Argentina. Mauricio y Eduardo deben estar esperando alguna noticia mía. Pero, ¿qué les voy a contar sobre mi estadía en Birmania?. Lo mejor será omitir el tipo de trabajo para el que fui contratado, que crean que sigo en París.

Esta tarde mismo me dedicaré a escribirles.

Marzo 30

En quince días salgo para Bangkok, tengo que hacer exactamente lo mismo que aquí. Me ha llegado una carta de Jean Paul, está contento con mis resultados. No sé por qué me trata de Laila. Ya es la segunda carta en la que se dirige a mí con ese nombre. En mi respuesta le pregunto cual es la razón de atribuirme un nombre femenino.

No me arrepiento de dejar esta ciudad, lo que en un principio pareció atractivo se ha vuelto un horror, la vida aquí es tremenda. Las chicas se inician sexualmente a los 10 u 11 años con extranjeros, la mayoría europeos, a los 13 ya tienen dos o tres hijos y a los 15 parecen mujeres de treinta años o más. También está muy difundida la homosexualidad masculina, personalmente no he tenido problema para relacionarme con dos o tres de ellos, siempre dentro de un círculo que es el que gira en torno a Jean Paul. Tener sexo sin esta prevención sería altamente riesgoso.

Abril 3

He recibido una nueva carta de Jean Paul, sigue tratándome como Leila, y es más me ha prometido una vaginoplastía si todo sale bien como supone. No sé por qué pero estoy exultante, le respondo de inmediato que lo amo, que a partir de ahora se acabó, no soy más Luis, mi nuevo nombre será entonces Leila. Es más, este diario estará firmado por ella.

Abril 6

Esta ciudad está dominada por el mercado negro, el gobierno no puede hacer nada para destruirlo. A las siete de la tarde comienza a funcionar la enorme maquinaria de ese mercado que incluye todo lo que uno se imagine, desde compra venta de bebés, prostitución infantil y todo tipo de drogas.

Abril 10

Basta, ya no aguanto más esta ciudad. Hasta el oro de los templos me parece una afrenta teniendo en cuenta el negocio que miserable que sostienen aquí franceses, alemanes y de

otros varios países de Europa. Este mercadeo subterráneo del que sin embargo vivo. Yo tampoco tengo perdón, eso es seguro, sin embargo no puedo evitarlo, amo a Jean Paul

Hoy he conocido a un estudiante de la resistencia, Suu Aung. Existe aquí una resistencia de las etnias minoritarias, los karens, los kachins y los chins, el pertenece a los kachins, dice que su país debería llamarse Myanmar y no Birmania, que están luchando por eso, y por destruir el negocio de los europeos en el país, cuando lo dice me mira significativamente.

Abril 12

Suu me ha llevado a conocer otro barrio más secreto y alejado, por el que circulan los homosexuales en Rangún. Caminamos por algunas callecitas por las que apenas pasa un hombre, y desde las casas, casi todas adornadas por lámparas rojas chinas, mujeres de diversas edades de ojos cansados que sonríen mecánicas y desganadas a nuestro paso. Suu me acaricia la mano, no sé si responderle. De repente se da vuelta y me besa efusivamente. Llegamos a una casa más grande cuyo vestíbulo se abre a una enorme sala repleta de hombres que fuman de traje o vestidos de mujer ríen y se besan, hay entre ellos algunos europeos, no quiero hablar con ninguno de ellos, no vaya a ser que alguno conozca a Jean Paul. Suu me presenta algunos de sus amigos Thet y Win. Thet viste a la moda europea de los cincuenta, en cambio Win esta vestido de mujer. Subimos a una habitación y comienza a desvestirme lentamente, hacemos el amor y nos quedamos hasta el amanecer. Me despierta la voz de Marlene Dietrich que suena desde un viejo tocadiscos, Suu se ha asomado a la ventana, me mira desperezarme y pregunta:

–¿Cuánto te vas a quedar en Rangún?

En sus ojos descubro cierta tensión por la respuesta, así que pese a que sé que en cuatro días me iré respondo que no sé.

Abril 17

Todas las mañanas aparece Suu en la puerta de mi hotel. No quiero que me vean tanto tiempo con un birmano, la gente de Jean Paul puede advertirles y generarme un problema. No voy a preocuparme, disfrutaré de la relación con Suu mientras esté en esta ciudad. He decidido tomarme unos días de descanso y se lo comunico a Jean Paul por carta, ocho o diez días no deben ser problema.

Paseamos toda la tarde con Suu por los mercados de Rangún, a él le encanta mezclarse con su gente, regatear para conseguir mercadería, con él estoy plena.

Me miro al pasar por una vidriera: es hora que resuelva mi femineidad, vuelvo a mi numerito como Marylin, perfectamente puedo ser ella, puedo imaginarme ocupando su cuerpo. Estoy segura, voy a ser mujer, también le comunico a Jean Paul que acepto la vaginoplastía.

Entramos con Suu en una tienda y nos deleitamos con la lencería fina importada de París. Él se compra un portaligas y yo un corpiño. Los del negocio nos miran y se ríen. No nos importa. Creo que Suu me resulta muy atractivo, es alguien que toda mujer querría.

Abril 20

Me ha llegado carta de Jean Paul. Se alegra de que acepte su regalo, y no tiene problema con los días de descanso que me he tomado, pero me envía un pasaje a Bangkok para el 28. Ahora que ya empezaba a encariñarme con esta ciudad y con Suu,

debo partir. Ya tengo todo para salir vestida de mujer a la calle, inclusive conseguí unos pechos postizos precisos. Después del mediodía aparece muy turbado Suu. Han matado anoche en la calle a Win, ciertas bandas de grupos de los chins, que son tradicionalistas se dedican a asesinar travestis, Win era un contacto entre dos bandos distintos, hasta que fue descubierto. Está desconsolado, no sé qué hacer para que se calme.

Mayo 3

Finalmente, y con un día de retraso he llegado a Bangkok. Estoy maravillada con los monumentos tailandeses, son extraordinariamente bellos. En cuanto a la ciudad en sí, se divide violentamente entre los muy ricos y los que apenas tienen para subsistir. Por supuesto éstos últimos constituyen el semillero del negocio de Jean Paul. Igual que en Rangún, me recibió un representante de la empresa que él dice tener en el país, que a su vez me presentó al personal que trabaja en la sede de esa ciudad. Mi trabajo es el mismo que en Birmania, reclutar candidatos. La cosa empieza a asquearme.

No sé, es como si esta noticia hubiera eclipsado el desagrado de mi tarea, y muy por el contrario me aboco a ella con empeño. Creo estar por fin enamorada.

Mayo 6

Bangkok alberga una mixtura perfecta entre las características de la cultura china por un lado y de la india por el otro. Me encanta esa ambigüedad, como se constituyera un escenario propicio para lo que estoy viviendo en cuanto a mí misma. He recibido carta de Suu, quiere venir aquí, me extraña. En sus palabras se trasunta ansiedad y miedo más que amor. Le con-

testo que debo consultarlo. Jean Paul no parece tener mucho problema. En la carta le hablo de Suu como un colaborador clave, alguien que conoce bien este negocio y sabe como manejarse en él.

Mayo 9

He ido a buscar a Suu al aeropuerto. Me abraza y me asegura que a él también lo estaban buscando, que después de Win iban por él. Me alegra haberlo salvado. Se ríe de mi peluca rubia y me llama "Marylin" en broma. Llamame Laila, le digo. Ese es mi nombre. Le encanta.

Pasamos toda la noche haciendo el amor y me asegura que nunca ha sentido nada tan profundo como conmigo. Creo que está desesperado. Temo que quiera engancharse conmigo para viajar a París.

Mayo 11

Estamos en problemas, uno de nuestros contactos fue denunciado a la policía. No es que Jean Paul no sepa manejarse con la policía local, dice que no nada más sencillo que sobornarlos, el problema es que se Philip, el contacto en cuestión, reclutó nada menos que al hijo del embajador de Birmania. Tememos una denuncia en los medios.

Le mando un telegrama a Jean Paul para informarlo. Me contesta que nos traslademos a su casa en las afueras, que abandonemos por unos días la ciudad. Termina el telegrama diciendo que me extraña. Es curioso, es la primera vez que me dice algo así. No sé qué pensar.

Suu está encantado. Tenemos cuatro días a cuerpo de rey haciendo lo que queramos y con toda la servidumbre de Jean Paul a nuestra disposición.

Mayo 18

Las aguas se han aquietado. Finalmente el embajador acepta las disculpas y promete no hacer la denuncia ni hablar con los medios sobre el tema. Es misma tarde caminamos de brazo con Suu por el barrio de homosexuales. De repente descubrimos al hijo del embajador convenciendo a un chico para viajar a Europa. No quiero que nos vea. No voy a comentar esto con nadie, creo que Suu no se dio cuenta, no lo reconoció.

Mayo 21

Esta mañana nos despertó un muchacho que vendía diarios, anunciando la muerte del hijo del embajador de Birmania. Había sido hallado en un barrio de homosexuales, pero vestía como hombre. Creo entender lo que ha ocurrido: el muchacho ha descubierto el negocio de Jean Paul y ha querido participar. Tratándose del hijo de un embajador debe haberlo querido extorsionar. Jean Paul ha utilizado los contactos para interiorizarse sobre sus hábitos y costumbres, y lo mandó a matar. Después de leer la noticia Suu me ha mirado significativamente. ¿Cómo reaccionará con esto el embajador?

Mayo 25

Nada, ninguna declaración ni acusación. Es increíble, le han matado al hijo y no denuncia a nadie. Recibo otra carta de Jean Paul, me dice que si bien ha resulto el problema con el embajador, no es seguro que continuemos operando en Bangkok como si nada hubiese ocurrido. Tendremos que esperar a que el hecho se olvide. Me envía con la carta un pasaje a París para el treinta. Dice que quiere verme, y que va a cumplir con su promesa, ya tengo fecha para la intervención en junio.

Suu está triste, no quiere que nos separemos. Le aseguro que será por un par de meses, porque de una u otra forma tengo que volver a mi trabajo.

Mayo 29

Suu está desconsolado, no acepta esta distancia. Dice que teme por mí, que no confía en Jean Paul. Le explico que yo trabajo para él, que no tengo demasiadas alternativas.

Nos quedamos toda la tarde juntos en la casa, pero ya me está agobiando, preferiría que se fuera. Ha comenzado a tomar sin control, luego se encierra y sale vestido de mujer, pero de mujer oriental. Apenas se puede tener en pie, me da lástima, pero por más que intento consolarlo sigue deprimido.

Mayo 30

Suu duerme todavía por suerte, adoro su espalda aceitunada en la luz de la mañana.. Me cambio rápido busco la valija que he dejado preparada y me voy en silencio. Mientras me alejo por la calle para buscar un taxi veo la casa en la he estado casi un mes como si fuera irreal, como si hubiese salido de una película que está por terminar.

En el aeropuerto me acuerdo de Suu disfrazado de mujer, lo prefiero como hombre, la mujer puedo ser yo.

Junio 15

Ya está, ahora soy definitivamente Laila. Es curioso cuando llegué a París por primera vez y me miraba en el espejo no podía dejar de verme con el vestido de Marilyn al viento, ahora que soy Laila veo a Luis con la ropa que trajo de Buenos Aires. De todos modos no importa. Tengo a Jean Paul que me da los gustos y me hace viajar,

¿qué más puedo pedir? Hay días en los que me acuerdo de Suu, pienso qué será de su vida en Bangkok. ¿Habrá conseguido volver a Rangún?

Julio 2

Jean Paul quiere que viaje de nuevo. Le digo que no, que se busque a otro u otra, que necesito descanso, que inclusive tengo que acostumbrarme a esto de ser mujer y hay días que me cuesta, insiste en que tiene que ser alguien de confianza. Hace menos de un mes que he vuelto a París, le digo, y me quiero quedar un tiempo más. Finalmente acordamos que viajo en Agosto.

Agosto 2

Estoy en vuelo a Rangún. La verdad es que no sé cómo tomará Suu mi nueva condición, ya que no le he dicho nada en las dos cartas que le escribí. El negocio de Jean Paul crece. No entiendo cómo no lo descubren, o mejor dicho, si puedo entenderlo, pero me resulta difícil comprender como mantiene los controles a raya.

Agosto 5

Rangún está como siempre, bella y terrible a la vez. Suu ni ha aparecido. No sé dónde buscarlo. He consultado con algunos hombres de confianza de Jean Paul y me han aconsejado que no me involucre con ninguno de los grupos. Mucho menos ahora que se ha fortalecido la República Khmer y que, paradójicamente, los controles más estrictos se efectúan aquí y no en Francia.

Agosto 7

Me he quedado en el salón del hotel porque llueve a cántaros. Rodeada de un grupo de diplomáticos franceses e italianos con los que departimos amigablemente. No puedo evitar pensar en Suu. Recuerdo que él también pertenece a los chins, igual que Win. Temo por su vida. Tomo el paraguas y salgo rumbo al barrio donde vive.

El barrio se ha empobrecido y está fuertemente vigilado, sin embargo puedo moverme con libertad, ya que nunca controlan a los europeos. En la entrada de una de las casas reconozco a San, un amigo de Suu, acompañado por sus dos hijos, uno de ellos de brazos,. Me dice que está preso en el penal central de Rangún hace quince días. Alguien delató su conexión con Win y por eso lo capturaron. Cree que van a interrogarlo. Pertenecer a los chins es ahora peligroso por su tendencia promonárquica me asegura. Le pregunto cómo hago para llegar a él. Me da un nombre, un tal Ne Song. Tengo que decir que voy en nombre del consulado francés.

Agosto 8

Estoy por entrar en el penal. Ne Song me recibe amablemente y espera que me sienta a gusto. Le explico la razón de mi visita y me pide que espere. Me hacen pasar a la sala de visitas. Suu aparece y se le ilumina la mirada cuando me ve. Me asegura que el país está al borde de una guerra civil, entre el descontento por el modo en que el gobierno ha tratado a las etnias y la crisis económica. Él purga una sentencia de un año y medio por sospecha de colaboración. Le aseguro que puedo sacarlo, que voy a mover a la gente de Jean Paul. Me pide que no haga nada, que las consecuencias pueden ser peores.

Salgo del penal desilusionada y triste. Es como si Suu hubiera muerto, ni siquiera reparó en que ahora soy definitivamente una mujer.

Agosto 10

He logrado contactar alguien en el consulado que puede interceder por Suu. Le pido la máxima discreción, porque si se enteran que la fianza proviene de un europeo puede costarle la vida. Me asegura que todo saldrá bien y sonríe ampliamente. Mientras me voy a mi habitación me doy cuenta que me ha ayudado sin poner traba alguna. Y que ha aceptado interceder en cuanto he nombrado a Jean Paul. No sé si he hecho lo correcto, pero creo que Suu no aguantará otro año más en esa cárcel. De eso estoy segura. Me desvisto y sigue resultándome extraño verme como mujer, aunque el espejo se empeñe en devolverme, de a ratos, la imagen de Luis recién llegado de Buenos Aires, vistiendo ese traje usado con el que se presentaba a conseguir trabajo.

Agosto 14

Jacques, el hombre de confianza de Jean Paul me ha llamado. Aparentemente se ha movido para sacar a Suu de prisión. Me dice que vaya a casa de San, que él le ha dado albergue.

San me recibe con una leve sonrisa mientras lleva a su hijo en brazos y el otro de unos doce años se esconde detrás de él. Si estuvo aquí y lo pasaron a buscar para ocultarlo. ¿A dónde? Le pregunto. No lo sabe, no se lo dijeron por seguridad. No quiso insistir.

Vuelvo a llamar a Jacques. Me dice que en la calle sería hombre muerto, por pertenecer a la etnia de los chins, que hay

fuerzas paramilitares en la ciudad cercanas al gobierno que se ocupan de hacer este tipo de trabajos sucios.

Agosto 17

Suu no aparece por ninguna parte. Pido con ansiedad en el hotel una llamada larga distancia. Le cuento a Jean Paul la situación y le pregunto por Jacques. Dice que es su hombre de confianza, él y yo somos sus mayores representantes allí. Me pide que tenga cuidado, que hay situaciones que no pueden solucionarse con dinero. Le digo que Jacques intercedió. Me pide que me calme y que lo olvide. Discutimos y corto la comunicación. Temo haber sido instrumento de lo peor.

Agosto 18

Tomo una llamada externa en la habitación, es Ne Song, el responsable del penal. Dice que quiere verme mañana, como había arreglado con el señor francés. Le pregunto con quién había arreglado tal cosa, pero me responde que no puede revelar su identidad. Le digo que no puedo ir, que espere mi llamado.

Señores franceses en el hotel hay varios, la mayoría del consulado. Sin embargo me parece que la mayoría no tendría trato con el responsable de un penal de Rangún. Pueden ser Alain, el representante militar del consulado, Bertrand su asistente o Jacques.

Agosto 20

Jacques me ha mandado llamar. Nos encontramos en el salón.¿ Por qué continúas haciendo averiguaciones por Suu?, me pregunta. Le digo que creo que lo han asesinado. Eso es

imposible, está bien escondido no te preocupes. Se retira un momento y luego vuelve al salón. Cree que pronto Jean Paul me enviará un pasaje a París. Le digo que no pienso irme hasta saber sobre Suu. En conserjería me buscan, tengo una llamada larga distancia.

Es Jean Paul, me dice que a principios de setiembre tengo que volver, que la situación aquí es peligrosa. Estoy a punto de explicarle lo de Suu, pero me callo.

Agosto 22

Pregunto en el barrio por San. Nadie sabe de él ni de sus hijos. Hace tres días que ha desaparecido. Creo que Jean Paul tiene razón. Es muy probable que el arreglo para sacar de la cárcel a Suu haya sido un fraude. Han aprovechado la situación para liquidarlo. Me siento horrible, él me lo había advertido. Encima ahora también San ha desaparecido, no tengo a nadie que sepa algo de Suu.

Agosto 25

Hacemos los preparativos para irnos, hasta Jacques y Alain parten conmigo. Solo quedan Bertrand unos cuatro o cinco colaboradores en el consulado, la situación es peligrosa, en cualquier momento puede estallar una guerra civil. El descontento con el gobierno crece. Antes de partir me miro por última vez al espejo. Me veo plenamente como una mujer, Laila, sin la sombra siquiera de Luis, una mujer plena y absoluta.

Agosto 26

Jean Paul no ha venido a recibirnos al aeropuerto, dice Jacques que por razones de seguridad. No entiendo qué tipo de

razones de seguridad pueden impedirle venir a darnos la bienvenida, me señala un grupo de jóvenes birmanos que viajan con nosotros y entiendo.

Agosto 28

No tengo aún noticias de Jean Paul, desde que llegué me comunico con Jacques, que dice hablar con él. No termino de entender qué pasa. El dinero se me está acabando y Jean Paul no me ha girado un solo centavo desde que llegamos a París. Su teléfono parece estar bloqueado o incomunicado. Me voy a verlo personalmente. Pocas veces he estado en el lujoso departamento que tiene en Champs Elisees. Por el portero eléctrico la secretaria me dice que no está y que no sabe cuándo va a regresar.

Agosto 30

Apenas me queda dinero para comprar comida. Llamo desesperada a Jacques. Él no sabe nada, pero supone que es posible que haya desaparecido por unos días para no levantar sospechas por el vuelo en el que también vinieron jóvenes birmanos. Es muy probable, me dice, que la policía lo esté buscando para interrogarlo. Está ganando tiempo, tiene que contactar a alguien antes de que den con él para el interrogatorio.

Me presta algo de dinero y me sugiere que me tranquilice.

Septiembre 5

Suena el timbre temprano en casa. Es la policía, me preguntan por Jean Paul. Les digo que no sé nada de él. Me preguntan qué relación tengo con él y cuál es mi verdadera identidad. A la primera pregunta contesto que soy su amiga íntima desde hace

ya cinco meses, a la segunda me niego a responder, y les arrojo mis documentos sobre la mesa. Laila Méndez Dubois, lee uno de los oficiales, sin embargo nosotros tenemos otros datos suyos. Usted ingresó al país en diciembre del año pasado bajo el nombre de Luis Méndez. Me pide una explicación. Me siento entonces a contarles la historia, veo como uno de los ayudantes del teniente sonríe mientras desarrollo mi relato.

El teniente dice que voy a tener que acompañarlos, puesto que están requiriendo testimonios sobre las actividades de Jean Paul. En la comisaría pido hacer una llamada. Llamo a Jacques, no contesta en ninguno de sus dos teléfonos.

En el interrogatorio me preguntan sobre mi relación laboral con Jean Paul y también el motivo y la naturaleza de mis viajes a Birmania y Tailandia. Insisto en que se trataba de viajes de placer. Quedo demorada en la comisaría. No saben por cuanto tiempo.

Septiembre 10

Hace cinco días que estoy en la comisaría y ni siquiera puedo solicitar un habeas corpus, puesto que han descubierto que soy inmigrante. Jean Paul no arregló nunca mis papeles como me había prometido. Todos estos días me han permitido hacer una llamada, no doy ni con Jean Paul ni con Jacques, es como si me hubiera quedado sola de repente.

Septiembre 12

Finalmente me trasladan a la cárcel. Protesto, bajo qué cargos puedo ir a la cárcel. Sospecha de tráfico humano y pedofilia, me dicen. De golpe empiezo a entender: la desaparición de Jean Paul se debe a que así quedo yo como responsable de

sus negocios. Llamo a un abogado. Me dice que va a ser difícil, primero porque soy inmigrante sin papeles viviendo en Francia, y luego porque la policía ha estado reuniendo pruebas en mi contra. Le explico lo de Jean Paul. Me asegura que Jean Paul Dubois tiene todos sus papeles en regla y paga regularmente sus impuestos. Le digo que no puede ser. Me pregunta si quiero confesar algo.

Septiembre 15

Tengo visitas. Me pregunto quién podrá venir a verme. Es Jacques que me trata de usted y hace como si no me conociera. No puedo creerlo. Dice que las cosas son así, que siempre la ley cae sobre los más débiles, que debí preverlo antes de meterme en esto. Me saluda con una cortesía y se va. Lo único que me queda es este diario, aquí puedo volcar todo lo que he vivido, en este diario en el que soy a la vez Luis y Laila, argentino, francés y quizás, un poco birmano.

Septiembre 18

Debo participar en una ronda de reconocimientos. Nos colocan un cartel con un número en una sala muy iluminada que da a un falso espejo, del otro lado están él o los testigos. Salen todos y quedo sola. Me tiemblan las piernas, es imposible que esté viviendo esto.

Uno de los jóvenes que viajó desde Rangún me ha reconocido. Pesan sobre mí cuatro años de cárcel con sentencia firme. Mi abogado dice que lo mejor es que me declare culpable.

Octubre 15

Se establece como fecha del juicio el 3 de noviembre. Siento que está todo perdido. Todo ha sido un estúpido sueño, mi viaje a París, mis primeros amores, mi relación con Jean Paul, los viajes, mis amores con Suu. No queda nada. El abogado insiste: lo mejor es que me declare culpable.

Noviembre 3

Comienza el juicio, y no tengo ni idea de dónde puede estar Jean Paul, quizá huyó a algún país latinoamericano, quizás esté en la Argentina. Primero declaran algunos policías, y después para mi sorpresa, veo aparecer en el estrado al hijo mayor de San, su nombre es Liu, y asegura que yo y otros hombres organizábamos el tráfico de personas en una red internacional de pedofilia entre París, Rangún y Bangkok. Mientras se dirige al jurado no me mira ni una sola vez. Veo en sus ojos apagados y sombríos, el odio reconcentrado contra los europeos, y tengo ganas de decirle que yo soy argentina, o quizás deba decir argentino.

Llega el veredicto: culpable. Me esperan cuatro años y medio de sentencia firme en la prisión del estado.

Abril 2 de 1982

No han venido a verme más. Aquí me he hecho de algunos amigos. Es curioso, como el estado francés no reconoce mi condición femenina me han recluido en una cárcel de hombres, así que me he vuelto la novia de varios. En fin, no puedo quejarme del todo, gracias a eso me protegen y gozo de cierto prestigio. He escuchado por radio la noticia de la recuperación de las islas Malvinas por parte de los argentinos. Siempre pensé

que el mío era un país descabellado, pero ahora creo que ha enloquecido definitivamente.

Junio 12 de 1982

La guerra en las Malvinas ha concluido con un final más que esperado. Nadie en Europa podía dudar del triunfo británico. Los días pasan demasiado iguales unos a otros. La verdad es que a esta altura de las circunstancias me encantaría saber dónde esta Jean Paul si es que sigue vivo.

A la tarde viene a visitarme para mi sorpresa Liu. Dice que lo lamenta, pero que unos tipos que trabajaban para Jean Paul le pidieron que declarara contra mí a cambio de papeles de residencia en Francia y dinero, que no tuvo más remedio que aceptar, ya que volver a Rangún hubiera sido un suicidio, así que de algún modo, toda esta red de pedófilos lo terminó beneficiando. Le pido un favor, que consiga alguna información sobre Jacques, que él también estuvo involucrado. Me dice que se fue del país hace cinco meses y no piensa volver, que no sabe dónde está.

Noviembre 4 de 1982

Hoy se cumple un año de mi condena, ya no tengo fuerzas para probar que no soy la única culpable (pese a que las autoridades desconocen mi condición femenina yo sigo resistiendo). Mi ropa esta raída pero sigo usándola. Por lo demás no me quejo, me tratan bien

Marzo 5 de 1983

Hoy me ha visitado nuevamente Liu. Habla francés a la perfección y ha conseguido un buen trabajo gracias a unos

amigos. Dice que ha visto a Jean Paul en París, han tomado un café juntos y que le ha pedido que viniera a visitarme. Pese a tener dudas al principio terminó aceptando. Viene a verme dentro de cuatro días.

Marzo 9 de 1983

Jean Paul tiene cara de cansado. Dice que lo lamenta, así de simple, que no le quedó otra salida. Le digo que ya está, que de algún modo todo está olvidado, que lo he extrañado durante todo este tiempo. Me dice que está con otra, le pido entonces un último beso de despedida y cuando se acerca le clavo una puñalada a la altura de la cintura. Se arma el gran revuelo, me golpean en el suelo mientras Jean Paul queda tirado desangrándose.

Me pasan a una celda incomunicada por veinticuatro horas.

Mayo 2 de 1983

Me han levantado la pena, puesto que Jean Paul no ha muerto sino que ha quedado en silla de ruedas. No va a levantar cargos contra mí. Por mi parte siento que ya está que este es un cierre. Sigo registrando en este diario todos y cada uno de los acontecimientos que tuve que vivir hasta ahora, pero desde hoy siento como la vida se aleja de mí a pasos acelerados.

Mayo 5 de 1983

Vuelve a visitarme Liu. Dice que me ve bastante desmejorada, que debería alimentarme mejor. Le digo que sí, que creo que voy a reestablecerme. Le agradezco el dato. Se sonríe y dice que siempre supo que yo no era culpable del tráfico. Le digo

que se equivoca, que yo era conciente de lo que estaba haciendo, así que tengo que asumir mi parte de culpa. Pero no toda, por eso era necesario que Jean Paul pagara su parte, me dice. Es cierto, digo, pero estoy cansada. En poco tiempo he conocido demasiado, me he vuelto mujer y no sé aún si en alguna parte de mí sigue habitando un hombre.

Me pide que no me deprima y aguante, dos años pasan rápido. Si estás afuera, puede ser le digo, pero aquí, te aseguro que no.

Le pido un último favor. Le entrego envuelto en papel madera este diario para que se lo entregue a Eduardo Morelli en Buenos Aires. Tengo conmigo las pastillas necesarias para terminar de una vez con todo esto…

El diario concluye allí. Al final aparece la dirección de Liu Yun en París y su teléfono. Decido comunicarme con él inmediatamente. Me cuenta que Laila se había suicidado con sedantes que había obtenido dentro del mismo penal. Se ha enterado que Jean Paul aparece todas las mañanas en el cementerio empujado por un empleado que lo lleva y lo trae a todas partes, y deja flores en su tumba para luego echarse a llorar.

Al día siguiente recibo la llamada de Pablo, Mauricio tuvo un ataque cardíaco y está delicado. No me pide que vaya a ver a su padre, sino que nos encontremos para hablar sobre Luis. Mientras tomamos un café y charlamos, me asegura que Mauricio está fuera de peligro, cuando lo despido le entrego el diario de Luis, quiero decir, el diario de Laila, que lo lea y que le diga a su padre que Luis murió hace años en un accidente automovilístico.

LETICIA MARTIN

Leticia Martin nació en Capital, el 31 de marzo de 1975, y se crió en Lomas del Mirador. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UBA y se desempeña como docente y redactora.

EL PIBE

El taxista pesaba unos cien kilos y los tenía muy bien distribuidos. Hacía por lo menos tres años que convivía con ese peso y ese auto. Andaba siempre acalorado y cansado. Usaba camisa suelta, por afuera de los pantalones, y si le daban la oportunidad, contaba sus éxitos frustrados: una empresa de computación, que quebró a mitad de los ochenta, y un matrimonio a punto de la debacle. Pero este no parecía ser el caso.

–¿A dónde te llevo? –preguntó el taxista.

–Misiones y Moreno –contestó el pibe.

Era un pibe. Aparentaba no tener más de veinticinco años, y la cabeza sin un pelo. Ya era madrugada; llovía desde las siete de la tarde y el taxista venía aburriéndose, haciendo pocos viajes de no más de veinte cuadras.

–Me salvó la tormenta –comentó– a la gente no le gusta mojarse.

Los días de lluvia le llenaban la boca de palabras. Cuando sentía eso necesitaba hablar para ponerse mejor. No importaba el tema, sólo hablar. El pibe no abrió la boca ni para bostezar y el taxista pensó que era bastante raro.

Echó otro vistazo por el espejito semicircular. Si alguien sabía quién era cada pasajero, ese era él. Siempre armaba tipologías de personas de acuerdo a profesiones, ropa, conversaciones y hasta tonos de voz que delataban rasgos inimaginados. Después, cuando estaba convencido, las leía en voz alta en la

parada de Constitución, donde comía bondiolita de cerdo al pan, y tomaba gaseosa o vino tinto, antes de la merecida siesta que se tiraba a la sombra de un árbol, sobre el asiento reclinado. Estaba convencido de que compartir la información entre sus colegas era un modo de prevenir los asaltos y, por qué no, alguna muerte innecesaria.

Pasaron por Corrientes y Riobamba. Las veredas estaban casi vacías y la gente se apiñaba en las confiterías escoltas de los teatros sobre la avenida.

–Si agarro a la derecha le doy una vuelta demás y éste ni se avispa –pensó el conductor, y al mismo tiempo ejecutó su plan. Encendió la radio y sintonizó FM Tango. La música era ideal para acompañar los días de lluvia. No dudó más y sin preguntarle al pibe golpeó el paquete en el volante y agarró con los labios el cigarrillo que sobresalía. Bajó un poco la ventanilla y lo encendió. Hizo todo sin dejar de conducir. Ahora sí estaba completo. Sin embargo, casi como si hubiera tenido una treinta y ocho en la nuca, sintió que no le quedaba otra opción que convidar. Hizo números lo más rápido que pudo, a eso estaba acostumbrado.

–A un mango cada faso este cigarro está más que cubierto con la vueltita que me inventé en Corrientes –se dijo– creo que todavía me va a dejar unos centavos de ganancia.

Pitó. Subió apenas la ventanilla para no mojarse y exhaló el humo espeso como intentando hacerlo salir por la rendija.

El pibe no aceptó fumar.

–Todavía mejor –pensó– aumentan mis ganancias.

Miró otra vez de reojo por el espejito retrovisor y se dio cuenta que quedaban unas diez cuadras para llegar a destino.

Comentó que de no estar lloviendo ya se vería la luz del amanecer. Esta vez no esperó respuesta. Este pibe tiene menos labia que mi jermu, pensó.

Apoyó apenas los talones en el piso del coche y levantó el culo pesado para manotear el doblez de la tela, por donde pasa la costura. Después tiró hacia afuera de su cuerpo. Cuando estuvo aliviado, apenas se apoyó de nuevo en la butaca, sintió la boca de un caño frío sobre la espalda, justo donde alguna vez había tenido cintura, a la altura de los riñones. Un hilo helado se extendió al resto de su cuerpo.

–Quedate quieto porque te mato.

Le pidió que apoyara la cabeza sobre el volante, con las manos en la nuca, y lo palpó. El taxista no temblaba, porque sintió que el pibe no iba a dispararle, pero tampoco atinó a sacar el palo que tenía escondido debajo del asiento.

El pibe le pidió la billetera, bajó del auto y se alejó caminando con total tranquilidad.

El taxista cumplió con lo que le había ordenado el otro antes de salir. Manejó cinco cuadras por la misma calle, a gran velocidad y sin mirar hacia atrás.

–Tengo que hacer la denuncia, tengo que hacer la denuncia –decía, y avanzó en busca de la seccional más cercana. Se acordó enseguida que había una en Monserrat, dobló a la derecha y aceleró otra vez. El dinero perdido se le apareció de nuevo entre los pensamientos que se agolpaban uno detrás del otro.

–¡La guita, la puta madre! ¡La guita de toda la tarde de lluvia perdida en un segundo!

El tachero estuvo a punto de inclinarse para sacar el palo y tirarlo por la ventanilla, enfurecido, pero se retractó. Mejor destinarlo otra vez al cajón de la cocina de su madre.

Estacionó frente a la seccional, cerró el auto y se bajó sin tardar.

–No va a ser que ahora me afanen el taxi –pensó, y volvió para poner la traba de volante.

Cuando entró a la comisaría buscó el sector de denuncias y caminó rápido hacia el único mostrador que era atendido por un oficial, sentado detrás de una máquina de escribir. El policía lo miró a la cara y sintió que de algún lado lo conocía.

–¿Le pagué una pizza? A éste seguro lo conozco –se dijo. No lo recordaba con certeza, hasta que el mismo frío del episodio reciente volvió a correrle por la espalda, pero ahora desde la nuca hasta los pies. Volvió a mirar al oficial, su cabeza sin un pelo y su actitud poco conversadora.

–Buenas noches, o buen día, no sé –dijo, y tosió con una tos nerviosa.

Le extendió la mano al policía, y esbozó una sonrisa de resignación.

–Bueno, nada, en verdad, una pavada oficial. Venía a hacer la denuncia porque perdí los documentos.

SONIA LÍA SANTORO

Sonia Santoro es periodista y Licenciada en Comunicación (UBA) nacida en Argentina, con un diplomado en género y comunicación (Instituto José Martí, Cuba).

En 2011 coordinó el corto documental "Políticas en los Medios" (Artemisa Comunicación). En 2010, escribió el libro Y un día me convertí en esa madre que aborrecía (Capital Intelectual), y editó ***Las palabras tienen sexo II. Herramientas para un periodismo de género***. En 2009 coordinó el video documental "La mujer mediatizada. Presencia Femenina en los medios argentinos" y editó el libro ¡Sin nosotras se les acaba la fiesta!. En 2006 editó el libro Las palabras tienen sexo. Introducción a un periodismo con perspectiva de género (todos estos trabajos, de Artemisa Comunicación).

AQUELLA VEZ JOSÉ SE FUE A PESCAR

Un día, su padre lo encontró desnudo en la cama de su hermano. Levantó las frazadas y la sábana de un tirón.

–Salí de acá, andá a cambiarte querés. No entiendo qué te pasa por la cabeza, qué mierda estás haciendo acá –le gritó, haciendo chasquear los dedos.

–Tenía sueño –dijo José, un nene espigado de siete años que se estremecía con los gritos.

–¡¿Sueño?! Cambiate y venís a juntar cebollas conmigo.

José se levantó rápido, se vistió y lo siguió.

Con el tiempo, ese chico fue un hombre enérgico, ligado a las mecánicas orgánicas más básicas. Vivía en el campo rodeado de perros a los que alimentaba cuando tenía con qué. A veces, sin embargo, podía darles de su propia comida, comprar un pollo y conformarse con chupar los huesos mientras los animales devoraban el resto. Pero también era capaz de tirarles un ladrillo por el lomo si llegaban a robarle un pedazo de carne asada de la parrilla que improvisaba cada tanto sobre el suelo.

Su casa, la misma donde se había criado, mantenía cierta prolijidad digna. Estaba limpia y ordenada, aunque tuviera muebles que hacía tiempo habían dejado de hacer juego con algo y muñecos de peluche o goma junto a una guitarra que le habían dado alguna vez en consignación. La heladera, maciza,

se abría haciendo palanca para abajo. Al lavarropas se le había roto el programa de enjuague y había que echarle agua con una manguera para poder completar los lavados.

El parque que la rodeaba era una especie de paraíso virgen, secundado por grandes matorrales sin control. Pero el pasto bien cortado hacía que todo el paisaje adquiriera cierta humanidad. Ese detalle decía que alguien se había ocupado de que el tractor funcionara y se había pasado unas largas horas sentado encima cortándolo. En el fondo había un conjunto de álamos de hojas caídas que generaba un clima especial para los asados de largo aliento; eso si los mosquitos u algún otro insecto no ponían en riesgo la estadía.

José se jactaba de no usar repelente, de andar entre yuyos tan altos como su cadera, de encontrar a la vuelta y a un par de pasos exageradamente grandes la leña necesaria para cocinar.

En una de esas idas y vueltas podía agarrar una escopeta, listo para matar a una liebre o lo que se le cruzara en el camino. Esas veces el cielo se llenaba de perdigones y de estruendos poderosos que obligaban a alejarse o taparse los oídos.

José era un nombre antiguo para un hombre joven que parecía de otra época.

Podía pasarse días enteros arriba de una cosechadora o desarmando un motor hasta encontrar la falla y volver a armarlo. Siempre había alguna pieza engrasada cerca de él.

Comía sólo para subsistir. No tenía vicios, salvo el del dinero. Y era curioso, porque vivía con lo justo.

Tenía básicamente dos mudas de ropa. Una para salir y otra para trabajar. La segunda se iba renovando con más asiduidad

porque se rompía antes. No se vestía por gusto sino porque era necesario.

Y a pesar de hablar día y noche de plata, pensaba que no había que ahorrar sino producir más. Por eso cuando había trabajo no tenía horarios. Luego, podía estar semanas enteras en reposo. En verano se levantaba temprano y se acostaba tarde, mientras que en invierno sus días eran más cortos, como señalaba la naturaleza.

Por épocas había sido muy religioso. Ya no. Pero a veces extrañaba las misas dominicales con sus cantos revitalizantes. Solo eso. Si había un dios en el que seguía creyendo era la vida, y la naturaleza por supuesto. Cualquier cosa que se opusiera a estas dos grandes abstracciones la sentía como un ataque a sí mismo. La vida era para José todo lo que tenía movimiento, lo que respiraba. Para él, matar un pájaro no era ir contra la vida sino aceptar lo que la naturaleza imponía. Los seres superiores podían devorar a los inferiores, pero siempre que lo hicieran por necesidad. Así que si él salía a cazar o pescar, todo lo que traía se lo comía. No sentía culpa porque no se le ocurría pensar que pudiera haber otro motivo para hacerlo.

Cuando era chico unos pibes casi matan a su perro de un hondazo que le dio estratégicamente en el oído. José no paró hasta encontrar al culpable y darle su merecido. Unas cuantas piñas y patadas que lo dejaron exhausto pero más rabioso aún.

José había nacido para estar solo y sin embargo una vez conoció a una chica que supo apreciar sus chistes tontos y su falta de tacto.

Ema era rubia, de piel rosada y cuerpo firme. Se había criado en el campo pero ahora vivía en la ciudad. Perfeccionaba su alemán para dedicarse a dar clases.

–¿Salimos el sábado a la tarde? –le propuso José. Y ella aceptó esa primera cita que terminó en la misa de los Hermanos de Jesucristo de los Últimos Días. Allí cada uno oró y cantó para sí mismo aunque el amontonamiento de gente los hizo sentirse acompañados y eufóricos.

A los dos meses, José le hizo una de sus tantas preguntas que eran en realidad verdades propias.

–¿Para qué vamos a estar yendo de una casa a la otra?

Ema sonrió como toda señal de aceptación.

Se casaron y se fueron a vivir juntos. Si había algo que no quería José era perder el tiempo. Se mudaron al departamento de ella. El había hecho todos los esfuerzos por creer que podría adaptarse a ese espacio. Nunca se había enamorado y creía que valía la pena.

Pero casi al llegar se dio cuenta de que eso no era para él. En las madrugadas se despertaba alarmado. Se levantaba de un salto y se plantaba en la ventana del comedor, la única que le permitía ver un poco de cielo, a mirar las estrellas.

Otras veces, en la cama, mirando el techo, oculto por la noche instalada en la habitación, decía con el tono más conciliador que había usado alguna vez:

–¿No tenés ganas de tener un jardincito…?

O:

–No puedo estar todo el día adentro, necesito moverme.

–Y andá al gimnasio –dijo una vez ella, acá a la vuelta hay uno muy lindo con ventanas que dan al un jardín precioso.

En la ciudad adoptó un gato que lo había seguido hasta la puerta de su departamento. No era algo que se le hubiera ocurrido antes. En el campo los animales tenían una función, no estaban para adorar a sus dueños y menos para necesitar algo de ellos. En la ciudad en cambio un animal se convertía en una mascota, en alguien que vivía, respiraba, se movía en torno a su amo.

Este era un gato grande, con cuerpo largo y musculoso como él. Era gris con algunas rayas más claras y tenía unos bigotes tan largos que se combaban hacia al suelo como si fuera limpiándolo al ritmo de su caminar perezoso. Le puso Ángel. Le recordaba a un compañerito de escuela del mismo nombre que era bastante peleador. Ángel solía volver con una oreja ajada después de una noche de pelea o pasarse varios días fuera de casa para aparecer de repente hambriento y malhumorado. Eso le gustaba. Todo el gato le gustaba. De alguna forma se sentía identificado con él. Lo hubiera seguido con gusto por encima de los techos. No lo hizo pero pronto lo empezó a llevar con él a todos lados.

Era raro. Los gatos suelen tenerle miedo a los autos en movimiento pero éste no. Se acomodaba en el asiento de la camioneta con la cabeza sobre su muslo y apenas apagaba el motor salía disparado, aunque estuviera en el sueño más profundo, para ponerse al lado de su dueño y entrar a un negocio o visitar a alguien. Ángel tenía más bien el comportamiento de un perro y, como era un gato especial, su relación también empezó a serlo.

Un día, José fue a la casa de un cliente. Ángel se acostó debajo de su silla, como ya era costumbre. Después de unos cuantos minutos, nadie se acordaba donde estaba el animal, hasta que la pelota del hijo menor llegó hasta sus patas. Cuando el nene quiso agarrarla, Ángel tiró una serie de manotazos rápidos sobre su cabeza, mientras lanzaba un aullido de tigre en celo. Lo soltó rápido. Luego, con un gesto de autosuficienciencia se puso a lamer la cola. Parecía querer decir "ya te di tu merecido, ahora puedo hacer lo que quiero". Por suerte los golpes los había dado con el puño cerrado y el nene no ganó más que un susto. Pero la charla se cortó abruptamente y los anfitriones quedaron con cierto resentimiento.

Estas escenas se empezaron a repetir a donde fuera. Un día llegó a rasguñar muy feo el ojo del hijo del dueño de un negocio donde estaba comprando. Casi llaman a la policía y a sanidad.

Sin embargo, José no quería dejar al gato.

–Pobrecito, es cariñoso, lo que pasa es que no quiere que se me acerquen –decía.

–Ese gato te va a traer problemas –le advertía Ema.

–Qué decís, es celoso nada más.

Sacarlo a pasear era como darle el mimo que necesitaba. Y el gato parecía estar ahí para recordarle que lo que tenía José de animal todavía estaba intacto y capaz de asaltar a cualquiera ante la mínima excusa.

Gracias a la presencia de Ángel, pudo hacer más llevadera su vida en la ciudad. Era su pasaporte para seguir estirando la estadía en ese mundo que no le pertenecía.

Ema seguía mandándolo a que practicara deportes al aire libre, que saliera a caminar, que fuera al gimnasio. Él lo intentó casi todo.

Un día, al final, se decidió a hacer un poco de fierros.

Apenas entrar, en la sala de aparatos vio una chica haciendo bicicleta con una revista en la mano. Mientras pedaleaba despreocupada, trataba de resolver un sudoku. Después fue a levantar pesitas. Sus movimientos eran rápidos pero sin energía. No llegaba a estirar nunca los codos. Cuando José vio que había terminado de forma chapucera la serie, empezó a extrañar a su gato.

También había un adolescente caminando en la cinta. Tenía la mandíbula floja, con unos rulos suaves cayendo en copa sobre su rostro, los hombros hacia adelante, las costuras de la remera a la vista y los pantalones caídos. Todos ahí parecían cumplir una especie de condena.

Otra mujer miraba una serie cómica que habían puesto en el televisor. No tenía idea de lo que pasaba por sus piernas o sus brazos, su ingle o su respiración. Se movía por inercia, mientras la cabeza quedaba fija en dirección al aparato.

Parecía que habían llegado ahí por recomendación de un médico o una amiga o porque alguna vez había que empezar por algo, pero no los entusiasmaba para nada. Cada uno seguía sus ritmos. Descansaban cuando lo necesitaban y hacían los ejercicios a medias. Nadie los controlaba. Eso no estaba bien.

Los músculos de José, en cambio, estaban trabajados por cargar jaulas, arreglar un motor o cortar el pasto; y él sentía que eso era una especie de don que no podía echar a perder.

Cuando volvió del gimnasio, le dijo a Ema que él se iba al campo.

–Si querés, seguime –dijo.

Y ella lo siguió.

Ángel la miraba con cierto regocijo.

Tuvieron cuatro hijos en esa casa de paredes heladas y ventanales bucólicos. Los chicos se criaron viendo y disfrutando ese verde amplísimo, mientras la madre trabajaba en la casa y el papá en el campo y de vez en cuando hacía algún negocio vendiendo y comprando cosas.

El decía que adoraba a sus hijos, a pesar de que compartía bastante poco con ellos. Le gustaba que les atrajera lo mismo que a él; que lo siguieran corriendo si iba al campo; que se treparan al tractor, entusiasmados; que se le colgaran de la espalda para improvisar unas luchas que terminaban con todos en el piso llenos de pasto recién cortado.

Pero esto no duraba demasiado y por las tardes había que hacer silencio cuando él dormía, o cuando quería acostarse temprano y sin ruidos de niños chillando. Y además estaban sus viajes -a pescar, a cazar, a conocer un negocio que iba a ser la salvación de la familia-, que lo sacaban de la casa días enteros.

Ángel era como el hermano mayor. Se amoldó a los chicos, a los nuevos, pero desde un lugar de superioridad, de saber que había una historia previa que ellos jamás compartirían con su padre. Después de todo, José había sido solo para él durante unos cuantos años.

A la vuelta de uno de sus viajes, José se encontró con Ema tirada en la cama. Gemía con la cara hinchada y húmeda.

–Lloré todo el fin de semana –dijo la mujer. Se había enterado de que era su quinto embarazo.

–¿Pero por qué llorás?

Ella no contestó. Empezó a contraer y relajar el periné como le habían enseñado en el curso preparto de su primer hijo. Servía para ejercitar esos músculos dormidos y prepararlos para el parto. Ahora sentía que era útil también para volver toda esa carne a su lugar. Después empezó a ejercitar los ojos. De izquierda arriba a derecha abajo, y viceversa. Diez círculos a la derecha y diez al otro lado. Arriba y abajo, a un lado y al otro. No estaba acostumbrada a estar quieta.

–No se te habrá ocurrido no tenerlo…–dijo él.

Para José, ante un embarazo había una única posibilidad. Su vida estaba llena de pocas opciones, elecciones únicas y definitivas, visiones fijas y totales del mundo. Aunque un mundo bastante pequeño.

–¿Ecuador es un país? –podía preguntar sin ningún prurito, o –¿Qué es el concejo deliberante?

No leía diarios. En la televisión miraba solo series de los setenta, no había horizonte más allá del que pudiera tocar con sus manos o caminar con sus pies.

Así fue como aún sin quererlo y con la alta probabilidad de que fuera un embarazo riesgoso y de que necesitara reposar los nueve meses, Ema lo empezó a aceptar.

–José me mata –se decía ante la sola idea de no tenerlo.

Enseguida José empezó a pensar nombres posibles y llamó a la familia para darle la noticia. Ella siguió varios días sin poder reponerse. Hasta que finalmente se resignó. ¿Sería una manera de hacer reposo forzadamente? Hacía años que no descansaba. Trabaja todo el día en la casa y andaba de acá para allá con sus hijos.

En efecto el embarazo fue difícil, no sólo porque tuvo que hacer reposo casi seis meses, sino porque los chicos seguían criándose como podían con la madre en cama. Además, Ángel, que hasta el momento la había ignorado, empezó a gruñirle cada vez que pasaba por su lado. José se reía pero a Ema no le hacía ninguna gracia. Empezó a temer al gato; que le hiciera algo a ella o a sus hijos, como hacía con los extraños.

Un día helado de junio, nació el bebé. Era un varón rosado y pelilargo, como ella.

Tenía las uñas largas, como un gato, y se había rasguñado la cara adentro de la panza.

–¿Por qué estabas nervioso papito? –le dijo ella, con voz aguda y leve, apenas vio esas marquitas rojas en los cachetes. Sintió una punzada en el estómago imaginando que algo preocupaba a su bebé. Lo puso al pecho y suspiró.

Pronto estuvieron todos en casa y la vida volvió a ser lo que era. Los chicos jugaban y se peleaban casi todo el tiempo. José y Ángel iban y venían. Ella tenía mucho trabajo en la casa. Pero ahora además dormía poco y tenía otro hijo que atender.

No había pasado un mes cuando a José le vinieron unas ganas incontenibles de ir a pescar. Por momentos volvía a sentirse tan encerrado en esa casa amplia de campo, como le había

pasado en la ciudad. Iría a Bahía San Blas con el Gordo, un amigo que hacía tiempo no veía porque se había mudado al sur. Era una zona donde pescaba hasta el más tonto, le habían dicho y a José lo entusiasmada el hecho de encontrarse en una mina de oro de peces, incluso tiburones; donde podría tirar la caña y sacar uno tras otro.

Se fue a pesar de la contrariedad de su esposa. Lo hizo casi de incógnito. Tan sigiloso que Ángel, que dormía bajo su mesa de luz, no lo siguió. Y José estaba tan contento que se olvidó de buscarlo. La idea de estar a pocas horas de pescar un tiburón, aunque fuera muy chiquito, lo guiaba en línea recta, sin posibilidad de dilaciones.

Tenía unas cuantas horas de viaje por delante, en los que extrañaría de a ratos la cabeza caliente del gato. Recién allá se encontraría con su amigo. Comerían asado, tomarían vino, armarían carnadas con recetas magistrales, desenrollarían galletas de tanzas imposibles, compararían cañas y riles, trajes de neoprene o esos plásticos que permiten meterse al agua destemplada. Se llenarían de humo y sus pulóveres gastados se impregnarían de olor a pescado. El pelo volvería duro y la barba crecida. Tomarían mate dulce. Verían el sol en el horizonte. Se congelarían los dedos en el agua y le dolerían los nudillos contra las tanzas. Imaginar todo eso le mantenía los ojos alerta y las comisuras tensas de felicidad. En la radio ya no escuchaba nada. Estaba lo suficientemente lejos para no sintonizar más señales.

Haría tres o cuatro horas que había salido cuando sonó su celular. Lo sorprendió, no tenía nada que ver ese sonido en este mundo. Tardó unos segundos en darse cuenta que era el apa-

rato. Tal vez fuera el Gordo que estaba ansioso por su llegada. Estaba a mitad de camino. Atendió con una sonrisa en la boca.

–¡El bebé! –el grito del otro lado del teléfono le hizo dar un respingo en el asiento–. ¡El bebé! –su mujer gritaba y lloraba; podía imaginar su boca tan abierta como para comerse el teléfono y a él mismo a través. –¡Vos y tu gato de mierda! ¡Te lo dije! –aulló después.

El dio media vuelta como venía antes de contestarle. Algo malo había pasado y su mujer era incapaz de decírselo. No hacía más que gritar, balbucear y decir palabras sueltas e inconexas.

Había recorrido unos 30 kilómetros cuando logró entender lo que había pasado. El gato se había acostado acurrucado en el moisés del bebé y lo había asfixiado. El bebé, que no llegaba a un mes, no había podido defenderse frente a ese cuerpo que duplicaba su peso. Se había quedado sin aire mientras dormía, con la nariz metida en la mata de pelo.

El bebé había estado luchando contra Ángel desde la impotencia de no poder siquiera mover un dedo. No había podido llorar tampoco porque el pelo se le había metido más hondo en sus mucosas hasta amordazarlo.

Cómo podía haber pasado. Cómo Ángel había sido capaz de semejante crueldad. Cómo él, José, había estado tanto tiempo con un animal capaz de matar a un ser indefenso y cómo era posible que hubiera sentido que ese gato era lo más parecido a sí mismo que había en la tierra.

Cuando llegó fue directo a la habitación. El bebé tenía las manitos apretadas hacia arriba. Los piecitos también estaban

contraídos y un poco abiertos hacia afuera. Tenía las piernas flexionadas. Había quedado congelado en plena lucha.

José agarró el gato por el lomo. Estaba a su lado porque lo había escoltado, como si nada hubiera pasado. Se lo llevó al fondo, detrás del galpón. En el camino agarró la escopeta. Una vez allí lo largó al piso y le ordenó que se fuera. El gato lo miraba incrédulo y no se movía.

–Andate Ángel –insistió.

Nada. El gato intentaba rozarle el lomo en sus piernas. José le daba patadas furiosas pero Ángel se quedaba.

–Andate Ángel –dijo por última vez y cargó el arma.

El tiro rebotó en el campo sembrado y sus oídos latieron. Ángel quedó pegado al piso, a pocos pasos de sus zapatillas. Los ojos siguieron pidiendo explicaciones en medio de un menjunje deforme de pelo y carne.

Entonces José se fue. Dejó el gato. La casa. La mujer. Los hijos. Cómo podría volver a mirarlos. Anduvo horas, días, dando vueltas. Como su cabeza. Parecía que ese disparo se hubiera quedado rebotando entre sus oídos sin lograr salir por ningún lado. Le costaba apagar el ruido.

Mientras esas ondas estridentes iban y venían, sentía que él mismo podía ir y venir eternamente por el mundo porque no había ya nada capaz de detenerlo en ningún lugar.

MARIO CAPASSO

Mario Capasso nació el 9 de Marzo de 1953, en Villa Martelli, localidad del Gran Buenos Aires, República Argentina.

Ha publicado cuatro libros: ***El futuro es un tropel absurdo***, cuentos, año 1999, con prólogo de Beatriz Isoldi. ***El edificio. Una novela en escombros***, novela, Ediciones AQL, año 2002 (traducida al francés por Isabelle Gugnon y será publicada el 8 de noviembre de 2012 por Editions La Dernière Goutte). ***Piedras heridas***, cuentos, Ediciones Corregidor, año 2005 (2do. Premio del Fondo Nacional de las Artes, año 2003).

Martelli y López Editores publicó, a mediados de 2011, la novela ***La Ciudad después del humo***.

AZAR

Dos o tres suposiciones más, al estilo de las anteriores, y el hombre hubiese tenido que dejar su imaginación librada al azar, como suele decirse, y también se vería obligado a no permanecer indiferente, ahí sentado a la mesa de ese bar tan alejado de su barrio, en una zona que apenas conocía, a la que había llegado sin saber muy bien cómo, con los sentidos embotados a causa del abandono sufrido recién nomás y, ¿en serio recién?, ¿pero cómo fue posible?, ¿entonces era cierto que lo habían abandonado o más bien echado a patadas y a los gritos pelados de la casa?, ¿cuándo había ocurrido eso?, ¿la casa tenía jardín o se limitaba a un departamento?, ¿qué noche había dormido por última vez allí?, ¿en qué clase de cama?, y algo difícil de aceptar, ¿un tipo como él echado así como así de patitas a la calle?, ¿de buenas a primeras, como quien dice?, ¿y esa valija negra que estaba ahí, al lado suyo?, ¿desde cuándo cargaba él una valija y encima de ese color?, y en cuanto a ese vaso de ginebra que acababa de probar, ¿qué hacía en su mesita?, ¿lo había pedido él?, ¿desde cuándo le gustaba la ginebra?, ¿qué mozo lo había atendido?, ¿en qué momento?, ¿ya había pagado?, ¿o cuándo iba a terminar de pagar lo que debía, si es que debía algo?, y en todo caso, a ese vaso de mierda, que además no parecía contener ninguna respuesta, ¿debía bebérselo de un trago o a sorbos lentos?, y pensando en su futuro inminente, ¿en verdad le convenía emborracharse hasta quedar tirado por ahí, en un rincón cualquiera, sin ánimo de nada?, y algo

importante, lo que de verdad le machucaba la cabeza en esos momentos, ¿para olvidarse de quién?

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
SIN FINES DE LUCRO

CONCURSO DE CUENTOS
"NELLY ARRIETA DE BLAQUIER"
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO 2014

JURADO:

MARÍA ESTHER VÁZQUEZ

JORGE CRUZ

MARCELO GIOFFRÉ

La realización de este Concurso de Cuentos
fue posible gracias a la generosidad
de la señora Nelly Arrieta de Blaquier.

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
SIN FINES DE LUCRO
fundacion@victoriaocampo.com / www.victoriaocampo.com

http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx